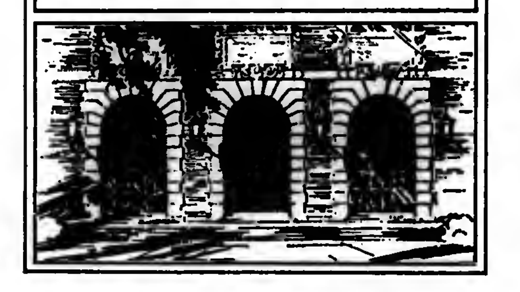




DIOS NACIONALES MEXICA

POR

ARDO RA

A DERROTA

DE

CRUC

RIAS DE UN CRI

—1810—

MEXICO

Y COMPAÑIA,

A DEL COMERCIO, CORDOBA

—

1880

EPISODIOS NACIONALES MEXICANOS

LA DERROTA DE LAS CRUCES

EPISODIOS NACIONALES MEXICANOS

POR

EDUARDO RAMOS

LA DERROTA

DE

LAS CRUCES

MEMORIAS DE UN CRIOLLO

—1810—

MEXICO

DUBLAN Y COMPAÑIA, Editores

IMPRENTA DEL COMERCIO, CORDOBANES 8

1880

LA DERROTA DE LAS CRUCES

I

Era D. Juan Antonio de Riaño uno de los mejores y más ilustrados españoles que en México conociéronse en aquellos dias, últimos de la dominacion de los descendientes de Hernan Cortés.

Mucho le trató mi padre con motivo de la buena amistad que existió siempre entre D. Juan Antonio y D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de Dolores.

—¡Grande hombre!—decia éste hablando de aquel,—lástima que entren tan pocos *gachupines* como Riaño en las hornadas que remite á estos reinos la metrópoli: este D. Juan merecia haber nacido criollo.

Era natural de Liérganes en las montañas de Santander y contaba á la sazon cincuenta y tres años, como que habia nacido en 16 de Mayo de 1757. Hizo con grande brillantez y aprovechamiento su carrera de marina, una de las más honoríficas de España en aquellos tiempos, y se halló en las principales funciones de guerra de su época, dejando memorias de su valor en Argel y en la Florida, y en la toma de Panzacola. Caballero del hábito de Calatrava, que debió á sus méritos personales y no á compradas recomendaciones, se retiró del servicio militar despues de haber ganado en él la efectividad de capitan de fragata: ascenso de altísima importancia en tiempos en que nadie sentaba, como en los nuestros, plaza de general, con descrédito de la noble profesion de las armas y vergüenza del país que tal consiente. Vino á las Américas formando parte, como oficial, del ejército que al mando de D. Bernardo Galvez reconquistó las Floridas: casó con Doña Victoria Saint-Maxent, y despues de haber desempeñado un breve espacio de tiempo la intendencia de Valladolid, fué elevado á la de mayor impor-

tancia de Guanajuato. Hacíase en ella estimar universalmente, y si algunos restos de justicia y gratitud quedan aún sobre la tierra, Guanajuato debe adquirirlos todos y dedicárselos íntegros á la memoria de aquel hombre.

Algo hablé ya de él en mi verídica historia de *Las perlas de la Reina Luisa;* pero hoy debo volver á citarle, ya porque el personaje lo merece, ya porque bueno es que mis lectores conozcan bien á quien va á jugar en esta parte de las Memorias de mi padre, importantísimo papel.

Como ya dije, Hidalgo le tenia en muy alto aprecio y no era menor aquel con el cual Riaño le pagaba.

Entendíanse muy bien aquellos dos espíritus sanos é ilustrados, y uno y otro se consultaban respectivamente en cuantos adelantos materiales emprendian.

Hidalgo iba con frecuencia á casa del intendente, convertida en una verdadera academia, en la cual se cultivaban la literatura y las bellas artes, cuyo gusto desarrolló en Guanajuato, lo mismo que el estudio de las matemáticas y la astronomía, y la práctica y co-

nocimiento de los idiomas español y latino. El protegió é hizo arquitecto al célebre D! Francisco Eduardo Tresguerras, hijo de Celaya y hombre superior á todas luces.

Tresguerras habíase educado en México, á donde llegó á los quince años de edad con ánimo de hacerse fraile; curóse fácilmente de su ficticia vocacion y pudo con toda libertad dar expansion á su génio de artista, que le inclinaba al dibujo, la pintura y la música. Verdadero profesor en el primer ramo y bastante maestro en el segundo, vivia sin embargo miserablemente cuando fué conocido por Riaño.

Así algunas veces lo dijo á mi padre, que me tiene referida la siguiente conversacion en que las frases y palabras de Tresguerras son estrictamente históricas: las repito, porque son cuadro exactísimo de los hombres de la época.

—"Me crié con Nebrija y los vates, el trompo y los papelotes, y no podia entónces definirse mi eleccion entre las travesuras y los estudios; pero yo siempre me incliné al dibujo: esta inclinacion nació conmigo, me es propia."

—Pronto sin embargo sobrevendria la reflexion.

—Así fué en efecto, casual ó providencialmente. "Cumplí los quince años y con ellos dí fin á mis primeros estudios: pensé ser fraile, y Dios, demasiado misericordioso, lo frustró por medio de un viaje que hice á México y donde á impulsos de mi inclinacion abandoné las letras y me entregué al dibujo." (*)

—¿Y allí permaneció usted mucho tiempo?

—"Estuve como un año absorto en tan hermosa doctrina."

—¿Y pasado el año regresó usted á Celaya?

—Justamente. "Volví á mi patria y traté de casarme: me estaba amonestando y aun los frailes querian reconvenirme con mi antigua pretension: habian creido virtud en mí lo que en realidad era mojigatez y poco mundo. Valga esta sincera confesion mia, sí, porque

(*) De ahora para adelante advierte el autor que cuantas frases entrecomadas aparezcan en los *Episodios nacionales*, son originales de los personajes que las pronuncian, y extraidas de libros, cartas ó documentos estrictamente históricos.

muy piadoso Dios, evitó mi inadvertida pretension y me ahorré de unos cargos que, insoportables á mi génio é inclinaciones, me hubieran prestado el papel más disipado y delincuente."

—¿Y qué resultados le produjo su nueva aficion?

—Ahora verás. "Sobre ya casado, me dediqué á la noble arte de la pintura, á la suave y dulcísima pintura; ¡pero qué dolor! nada medraba con las producciones más difíciles y graciosas de esta arte encantadora; un estudio que exponia al público de raro pensamiento, magisterial ejecucion, estilo hechicero, dibujo corregido y en todo de muy regular mérito, se miraba con indiferencia; ni podian mis deseos encontrar un conocedor; mas luego que embarraba un coche de verde y colorado, que brillaba el oro de sus tallas, que campeaban unos mamarrachos á modo de monos, que se manipulaba el maque, el barniz y otras sandeces de esta clase, entónces, amigo mio, llovian admiraciones y elogios y yo tenia que arrinconar mis grandes estudios y papeles, y debia, coincidiendo con tanto ignorante, sa-

crificar la razon y el buen gusto en obsequiò de tanta y casi universal estupidez."

—¡Amargo retrato de las decepciones de un artista!

—Grandes fueron efectivamente las mias: asi es que "enfadado ya, quise juntar la música á mi ocupacion: me disipaba y me exponia infinito; no convenia con mi educacion. Fuí grabador una temporada, carpintero y tallista otras, agrimensor algunas veces, y siempre vacilando, dí de hocicos en lo de arquitecto, estimulado de ver que cualquiera lo es con solo querer ser."

—¡Válgame, señor! que tal diga quien tan ilustre lo es!

—"No diré que no lo he procurado; ¿pero cuál es la historia de la mayor parte de nuestros arquitectos? Ninguna ó la peor. Desengáñate; arquitecto á la moderna lo es cualquiera que desea serlo."

—¿Por cuáles medios?

—"Para ello se requiere solo aprender una jerga de disparates como la de los médicos; babosear cualquier autor de arquitectura de tantos como hay, en particular las escalas de

Viñola; hablar muy hueco jerigonzas de ángulos, áreas, tangentes, curvas, segmentos, dovelas, imoescapos, etc... pero con cautela, siempre delante de mujeres, cajoneros y otros que no los entiendan; despues entra el ponderar unas obras, echar por tierra otras, hablar mal de los sugetos, abrogarse mil aciertos y decidir magisterialmente, y hételo ya *Arquitete* hecho y derecho."

—¡Triste pintura de la ignorancia general!

—Triste, sí, pero exacta y verdadera.

—Buenos están los arquitectos.

—"Así es Paz, que ha llenado á Querétaro de monumentos ridículos, y así son varios de *chupa larga* que giran errantes por estos lugares. Luego yo, dije á mi sayo, puedo entrar en corro con tanto *Seor Arquitete.*"

—¿De qué manera?

—"Saqué á las tablas mis pocos estudios, mis experiencias, mi buen dibujo y otras baratijas que me adornan; y, lo que es del caso, los asocié con el engaño y alucinamiento ó tontería de los marchantes, y me hallé capaz de desempeñar el papel de *Arquitete,* á

ciencia y paciencia de griegos y romanos, vándalos y suecos."

—¡Exageracion y nada mas!

—No lo creas: pero, en fin, "ya soy arquitecto, amigo mio, á pesar de follones y malandrines: la academia me conoce por su discípulo y me ha licenciado para cualesquiera obras, y yo las he ejecutado hasta ahora con facilidad, no debido á mi pericia, pero sí á mi fortuna: se me ha negado el fungir, no cabe en mi ingenuidad; y se me dió la obra del Cármen de Celaya, y la he continuado por el padre que ahora es obispo: á este santo religioso le caí en gracia, es vizcaino y me valió que lo fuese: no pudieron apearlo del juicio que de mi tal cual habilidad formó, ni las cartas de empeño por Tapari, por García, por Ortiz, arquitectos de *chupa larga*."

—Siempre el mérito ha engendrado la envidia.

—No es mi mérito lo que á ninguno de ellos irrita.

—¿Qué entónces? No comprendo.

—Pues escucha. "Esta clase de obras, ruidosas y solicitadas, piden de por sí mucho di-

nero, y en ellas es donde hacen un sumo negocio sus directores: no envidian el arte, no, se pudren por el acomodo."

—Ya alcanzo.

—"Mas ya todos están conocidos: Tapari, ¡cuán demasiado! Ortiz echado con desaire de la obra de las Teresas de Querétaro; García acabó con la vida, y Paz denigrado por sus obras, tanto en las de su proceder como en las materiales."

—Pero el gran Tresguerras está á salvo de hablillas.

—Nada de eso: "con rivales entrometidos y aduladores, ¿cómo no he de ser cortado?"

—Pero de todo triunfa la opinion.

—¡Ya, ya! "¿Cómo no he de ser envidiado por mis obrillas, en varios lugares ejecutadas con algun acierto, y disfrutando en su manípulo las mayores confianzas en muchos miles de pesos?"

—Algo vale quien conquista envidias.

—Cierto, por mal que me esté decirlo: "de agradecer son los esfuerzos de la envidia contra mí, pues fuera muy infeliz si no fuese envidiado: algo me donó y en mucho me singu-

larizó la naturaleza (Dios debo más decir), pues me envidian: yo me contento."

—Y con sobrada justicia.

—"Se ha dicho que mi Cármen de Celaya se parece al interior del templo de Santa Genoveva; mintieron grandemente porque es total su diferencia y solo coinciden en ser ambas de órden corintio, y en este caso será idéntica al Vaticano, San Pablo de Lóndres que son del mismo órden, y otras muchas fábricas; tengo esos papeles y podré refregárselos al que lo dudare."

—Algo he oido de eso efectivamente, y el extranjero Humboldt dice que lo encontró parecido á no sé qué templo de España.

—"No hubo tal con ese prusiano protestante, ni la obra estaba entónces en tal disposicion que pudiese compararla."

—Otros han dicho que el mapa vino de Roma.

—"Eso no es más que una insigne mentira: tengo en casa el que ejecuté y podrá verlo quien lo dude y verá los de los altares y algunos otros solo delineados, y verá más si quisiere, que echo yo mapas de cualquier asun-

to uno por cada dedo, porque (en paz sea dicho), estoy dotado de una invencion y fantasía fecundísimas, y gozo de unas fuentes en mis libros y papeles, que iluminan prodigiosamente, y á la prueba me remito."

—Solo queda el desprecio y el no hacer caso de cuestiones y rencillas.

—Pero "si yo no he tenido cuestion alguna con artista grande ni chico: huyo de fungir de arquitecto."

—Y es usted por demás modesto.

—No por de más, pero sí modesto.

—Me consta.

—"Es menester que me señalen con el dedo á los extraños los que me conocen, y digan: *aquel es:* pues de no, me confundo entre los espectadores y mirones: soy en esto mojigato de primera."

—Pero el hombre vale por lo que habla.

—"Jamás creo que puedo yo callar hablando de bellas artes: en ellas es mi afluencia inagotable: tengo buen gusto, me atrevo á asegurarlo."

—Además, justifica su crítica quien da razones de ella.

—¡Oh! "jamás censuraré yo una obra sin dar convincentes pruebas de por qué me parece mal: no me aparto de la naturaleza y principios y busco la verdad á toda costa; y si no, que me toquen con formalidad, con crianza, y lo que es más, con la razon, y verán de bulto mi ingenuidad; mas si es esto con charlatanería, guárdense, amigo, porque protesto que me sé sacudir como el que más: por lo tanto, la tal cuestion téngala por una mera invencion satírica y abribonada."

—Quédense, pues, á un lado esas miserias, y continúe usted labrando para su gloria los monumentos que brotan de su invencion.

—Sea lo que te dicta tu afecto hácia mí y "continúe yo en mis obrillas, que tiempo me sobra para cien menudencias, y todo lo ejercito con cierto aire socarron y picaresco que vale un dineral."

La anterior conversacion concluyó con estrechar la mano de mi padre aquel justamente famoso D. Francisco Eduardo de Tresguerras, á quien álguien ha llamado el *Miguel Angel* de México.

II

Nada tan original y pintoresco como la bella ciudad de Guanajuato. Creacion de una hada caprichosa y juguetona, sus casas parecen haberse derramado sobre los declives de las montañas de la cañada en que se asientan, como cayendo del delantal de un niño travieso y enredador: en escala gigantesca álzanse las unas sobre las otras como buscando elevarse al cielo en monumento de gratitud á la bondad con que ha depositado en cada fragmento de sus arenas un grano de precioso metal.

Serpentean los laberintos de sus calles aquel terreno generoso sobre el que forman intrincada red, en la cual prendidas quedan las voluntades de los viajeros al cebo de su argentífera nombradía y del carácter alegre, franco y desprendido de sus naturales. Ya en la ciudad, ásperas y elevadas alturas la circuyen, descollando al Sur el San Miguel con su llanura de las Carreras y al Norte el cerro del

Cuarto, así conocido por haberse colocado en él una pierna ó cuarto de un malhechor ejecutado por la justicia. Reúnense al Poniente en ruidoso y confuso torbellino, acrecidas por las lluvias que recogen las vertientes de los cerros, las aguas de dos arroyos de escaso ó ningun caudal en tiempo de secas, tomando entónces la ciudad el aspecto de un torrente habitado por castores. En su plaza, cuyo nombre puede apénas justificarle el espacio que media entre los edificios que la forman, nace la cuesta nombrada "del Marqués," por haber levantado en ella su palacio el de San Clemente, de los condes de la Valenciana despues, y más tarde del gobierno del Estado. No faltan, si no ántes bien abundan en el recinto de la poblacion, obras de notable arquitectura, ejemplo al par de habilidad en los arquitectos, y en sus propietarios de magnificencia y esplendor. Sueño real de un Diablo Cojuelo, allí los habitantes pueden entretenerse en inspeccionar el interior de las casas circunvecinas, siendo comun, por la naturaleza del terreno, que allí donde concluye el piso de la azotea de los unos, se abran los

cimientos y las puertas de las casas de los otros.

Éntrase á la ciudad por la cañada pintoresca del Marfil, á cuyas orillas se extienden las haciendas destinadas al beneficio de los metales extraidos de esas minas célebres de Cata y de Mellado, de Santa Anita y Rayas, y la Valenciana, cuyos productos dieron opulenta fama á los Obregon, Perez Galvez y Rul. A una legua de la ciudad hállase el lugar que da su nombre del Marfil á la cañada y el rio, que despues de fertilizar los campos de Silao y unirlas con los del Grande, va á verter sus aguas en la espléndida laguna de Chapala y mar del Sur.

Era la poblacion de Guanajuato en aquellos dias, de cerca de sesenta mil habitantes, de los cuales veinte mil dependian de la mina famosa de la Valenciana: abundaba el dinero y con él la prosperidad y la alegría, y en muchas leguas á la redonda hacian tales elementos florecer grandemente la agricultura.

Riaño era querido no solo por los europeos, en cuyas manos estaban casi todos los giros comerciales, sino tambien por las fami-

lias criollas que en muy grande número disfrutaban de cómodo y tranquilo bienestar, y por el mismo pueblo trabajador que tenia en gruesos y nunca retenidos salarios compensacion de las fatigas y riesgos del pesado laboreo de las minas.

A ellas y al contento general debia Guanajuato el movimiento, vida y animacion de la ciudad, muy superiores á los de muchas de las de Nueva España, y cosa era de ver al ser de dia el ir y venir de las gentes, mulas y caballos que marchaban á sus labores, saludando al paso á la multitud de comerciantes que en tropel acudian á una poblacion en que abundaba el dinero y se sabia gastarle con largueza y liberalidad.

Atento á todas las necesidades de sus gobernados, el intendente-corregidor Don Juan Antonio de Riaño, concibió desde 1783, conocido por "el año de la hambre," el proyecto de construir una espaciosa alhóndiga donde depositar anualmente una provision suficiente de maíz, ya para prevenir su escasez, ya para evitar el abuso de los negociantes en esta semilla de primera necesidad para el pue-

blo, abuso consistente en alterar de modo extraordinario su precio, so pretexto de la dificultad y carestía de las comunicaciones en tiempo de aguas.

Para Riaño los proyectos eran siempre seguidos de su inmediata ejecucion, y alzar un edificio le agradaba tanto más cuanto que en ello podia dar campo á sus grandes conocimientos en arquitectura y placer á su buen gusto en ella. Las construcciones de la época se distinguian por su solidez y por su aspecto de fortaleza: en la alhóndiga de Guanajuato no podian faltar entrambas cualidades.

Eligió para levantarla un espacio descubierto á la entrada de la ciudad é impuso para construirla una contribucion de dos reales por carga de maíz que se introdujese á Guanajuato: pronto los fondos fueron más que suficientes para la obra y Riaño quiso imprimirla no comun aspecto de lujo.

—Mejor fuera—decia alguno,—haberlos gastado en hacer un camino al norte de la cañada para evitar el tránsito por ésta, difícil y peligrosa en tiempo de lluvias.

—Solo á Riaño ha podido ocurrirle levantar *un palácio para el maíz.*

Esto decian otros, pero todos admiraban la sencilla elegancia del nuevo y extenso edificio que se reclinaba, como orgulloso de sí mismo, en la loma que termina al poniente del cerro del Cuarto, en el punto en que se unen el rio que atraviesa la poblacion y el arroyo de Cata.

Y aquí estará bien que tome de un autor muy conocido, á quien el mismo préstamo han pedido otros muchos, la descripcion de la alhóndiga famosa de Granaditas:

"Fórmase de un cuadrilongo cuyo costado mayor mide ochenta varas de longitud: en el exterior no tiene más adorno que las ventanas practicadas en lo alto de cada troje, lo que le da un aire de castillo ó casa fuerte, y lo corona un cornisamento dórico en que se hallan combinados con buen efecto los dos colores verdioso y rojizo de las dos clases de piedra de las hermosas canteras de Guanajuato.

"En el interior hay un pórtico de dos altos, en el espacioso patio: el inferior con columnas y ornato toscano y el superior dóri-

co con balaustres de piedra en los intercolumnios.

"Dos magníficas escaleras comunican el piso alto con el bajo y en uno y otro hay dispuestas trojes independientes techadas con buenas y sólidas bóvedas de piedra labrada.

"Tiene este edificio al Oriente una puerta adornada con dos columnas y entablamento toscano que le da entrada por la cuesta de Mendizábal, que forma el declive de la loma y se extiende hasta la calle de Belem, teniendo á la derecha el convento de este nombre y á la izquierda la hacienda de Dolores, situada en la confluencia de los dos rios.

"Al sur y poniente de la alhóndiga corre una calle estrecha que la separa de la misma hacienda de Dolores, y en el ángulo nordeste, viene á terminar la cuesta que conduce al rio de Cata en la plazoleta que se forma en el frente del norte, donde está la entrada principal adornada como la de oriente, y en la que tambien desembocan frente al ángulo nordeste la calle que se llama de los Pocitos y la subida de los Mandamientos, que es el camino para las minas.

"El edificio tiene en el exterior dos altos por el lado del Norte y parte de los de Oriente y Poniente: en el resto de éstos y en el lienzo del Sur tres, exigiéndolo así el descenso del terreno: el piso más bajo no tiene comunicacion con el interior y en el exterior no hay más que las puertas de las trojes que lo forman."

Este edificio, que algunos malamente han considerado como una fortaleza, hállase dominado y puede desde ellos ser batido, por el cerro del Cuarto al Norte y por el de San Miguel al Sur.

III

Riaño, ya lo he dicho, mantenia con Don Miguel Hidalgo íntimas y amistosas relaciones: ambos procuraban el bien de sus gobernados y feligreses y se desvelaban por el progreso de las industrias é introduccion de las nuevas. Cualesquiera que fuesen las prohibiciones que pesaran sobre la fabricacion del vino en estos reinos, ni el intendente ni el cu-

ra hacian gran caso de ellas, y el primero en la hacienda de Cuevas, próxima á Guanajuato, y el segundo en su simpática república de Dolores, trataron á la vez de fomentarla.

Satisfecho el cura de sus progresos en este ramo, hizo un convite al intendente, que lo aceptó, para que fuese á pasar una temporada á Dolores con objeto de enseñarle las manipulaciones del vino que se preparaba á hacer por Setiembre, época de las cosechas.

—Alguien ha asegurado,—decia mi padre,—que la intencion del cura al hacer este convite á Riaño era apoderarse de la persona del intendente. Mintió quien tal dijo. La invitacion la hizo el cura hallándose á la mesa del intendente en Guanajuato, y Don Miguel jamás traicionó á sus amigos. Si más adelante los sucesos de la guerra los pusieron frente á frente, Hidalgo nunca dejó de manifestar todo el aprecio que de Riaño hacia.

Veremos en efecto que mi padre tenia razon.

—¿Pero es firme su cariño?—preguntaba María á su esposo.

—Vive Dios que sí lo es! Cuando la revo-

lucion estalle, á Guanajuato habremos de ir; pero si podemos salvar al intendente, lo salvaremos mal que pese á quien pesare.

—¿Por qué no serán igualmente buenos todos los europeos?

—Hija, porque los malos no los dejan parar entre nosotros.

—Es cierto.

—Como en su mayoría carecen de ilustracion, les molesta la presencia de los que la tienen, por horror al contraste que con ellos forman.

—Y nuestro cura bien merece ser querido.

—Claro que sí: léjos de buscar acomodo con el dinero de la iglesia, cede la mitad de sus beneficios á otro sacerdote que le sustituye y la porcion que á él corresponde la emplea en el fomento de útiles industrias.

—Y con fruto, pues las hace progresar.

—Como que la seda del cura es tan buena ó superior á la misteca, y su loza aventaja á la poblana y se vende con estimacion en toda la provincia de Guanajuato.

—Lástima que D. Miguel y Riaño no pien-

sen de modo igual por lo que respecta al porvenir de estos reinos.

—Lástima, sí; pero nada hay en ello que perjudique á ninguno de los dos.

—Cierto: piensa uno como criollo; piensa el otro como europeo.

—Representante Riaño del poder de su monarca, bien está que trate de cumplir con su obligacion. Desgracia será tenerle por enemigo; pero las luchas son tanto más nobles y gloriosas cuanto más noble y levantado es el enemigo.

Estas previsiones de mi padre no tardaron en hallar su completa realizacion.

Lanzado el cura Hidalgo por la fuerza de las circunstancias á dar principio á la guerra de independencia en la madrugada del 16 de Setiembre de 1810, pasó á San Miguel el Grande el mismo dia, despues de haber tomado en Atotonilco por lábaro y bandera de su ejército una imágen de la Vírgen de Guadalupe.

. Las huestes de Hidalgo habíanse considerablemente aumentado al paso por las haciendas y lugares del tránsito, ofreciendo el más

extraño y sin igual conjunto: la infantería formábanla los indios armados de palos, flechas, hondas, lanzas y fusiles, y dividíase en cuadrillas ó pueblos al mando de sus propios capataces: la caballería, mucho ménos numerosa y para pertenecer á la cual no se necesitaba mas que tener caballo, no era mas uniforme en su armamento: todos sus soldados llevaban por distintivo en el sombrero una estampa ó medalla de la misma Vírgen criolla: á la gente de á caballo se le habia asignado un peso diario y cuatro reales á la infantería, corriendo la tesorería y aprovisionamiento de las tropas á cargo de D. Mariano Hidalgo, hermano del cura.

Entró éste en San Miguel sin resistencia alguna y allí se le unió todo el regimiento de caballería de la Reina, de que ya dije haber sido capitanes Allende y Aldama: fueron reducidos á prision varios españoles y saqueada la casa de uuo de ellos nombrado Landeta, sin que Hidalgo tuviese poder para impedirlo, no gozando aún de prestigio bastante en aquellas masas, que hubiéranse desbandado si se hubiese pretendido reprimir sus

excesos. Estos males son consiguientes á todas las revoluciones y á todos los países, y ahí está la revolucion francesa que no me dejará mentir y que los causó terribles á pesar de haberse verificado en la capital de un pueblo mucho más práctico y educado que el nuestro. Los crímenes cometidos en San Miguel fueron obra principal de los presos de la cárcel pública á quienes dieron libertad los que con el mismo carácter habíanse salido de la del pueblo de Dolores.

Rodeando la Sierra de Guanajuato, el ejército independiente se presentó el juéves 20 de Setiembre delante de Celaya, á cuyo ayuntamiento se dirigió por escrito la siguiente intimacion:

"Nos hemos acercado á esta ciudad con
" objeto de asegurar las personas de todos los
" españoles europeos: si se entregasen á dis-
" crecion serán tratadas sus personas con hu-
" manidad; pero si por el contrario, se hicie-
" se resistencia por su parte y se mandare dar
" fuego contra nosotros, se tratarán con todo
" el rigor que corresponda á su resistencia:

"esperamos pronto la respuesta para proce-
"der.

"Dios guarde á VV. muchos años.

"Campo de batalla. Septiembre 19 de 1810.

Miguel Hidalgo.

Ignacio Allende.

"P. D.

"En el mismo momento en que se "mande dar fuego contra nuestra gente, se-"rán degollados setenta y ocho europeos que "traemos á nuestra disposicion.

Hidalgo.

Allende.

"Señores del Ayuntamiento de Celaya."

Noticiosas las autoridades de la poblacion del levantamiento de Hidalgo y temiendo su proximidad, habian solicitado, sin fruto, auxilios de los de Querétaro, y no habiendo venido, se determinó por el subdelegado Duro,

el Sr. D. Manuel Fernandez Solano, coronel del regimiento provincial de infantería, y los europeos, no hacer resistencia alguna y retirarse á Querétaro, y así se verificó.

IV

Impuesto Hidalgo del abandono de la ciudad por sus autoridades, dispuso para el dia siguiente 21 su entrada solemne en ella.

Con asombro sin límite viéronse tales sucesos en la poblacion, y nadie acertaba á darse cuenta de qué clase de poder seria aquel que á los cinco dias de haberse levantado, ponia en fuga á los representantes de una autoridad secular, tomando sin combate alguno los pueblos ante los cuales se presentaba.

La multitud apiñábase en las calles de la poblacion, ávida de contemplar á los atrevidos triunfadores que ya llegaban á las puertas de la ciudad.

Precedido por un soldado que á guisa de estandarte conducia pendiente de una lanza la imágen de la Vírgen de Guadalupe, mar-

chaba el cura Hidalgo vistiendo su trage habitual, y ginete en un magnífico caballo negro ricamente enjaezado: seguíanle Allende, Aldama, Abasolo y demás jefes independientes, y á éstos la banda de música del Regimiento de la Reina tocando marciales sonatas, al frente de los dragones del cuerpo mandados por un oficial: venia detrás de éstos la gente de á caballo, y por último, el grueso del ejército formado por la infantería y masas de indios con sus hijos y mujeres en revuelta confusion. El grito de guerra repetíase por los unos y los otros atronando las calles del tránsito, á la vez que los muchachos repicaban con furor los bronces de las iglesias.

Así llegaron los independientes á la plaza principal, sorprendido cada uno de la moderacion de los demás, cuando la casualidad hizo que á álguien se le escapase un tiro que fué como la seña para el desbandamiento de la multitud, que esparciéndose por la ciudad dió principio al saqueo y la devastacion, entrando á viva fuerza y robando cuanto pudo en las casas de los europeos, sin que una vez más pudiese evitarlo ninguno de los caudi-

llos, quienes al pretender reprimir el desórden, recibieron por respuesta estas preguntas:

—¿Pues qué otros medios teneis de haceros partidarios?

—¿Quiénes os han dado autoridad para mandarnos?

—¿Qué podreis darnos si no nos lo buscamos nosotros?

Tanto se irritó Aldama con estas voces, que estuvo á punto de disparar sus pistolas contra los amotinados.

Los demás jefes procuraron calmar su indignacion, tan justa como imprudente en aquellos instantes.

La porcion más moralizada del ejército, es decir, los dragones y soldados de los cuerpos de milicias que habíanseles pasado, recibieron órden de recoger y trasladar á la tesorería las gruesas sumas que los europeos habian ocultado en los sepulcros de los religiosos del convento del Cármen, sumas que pudieron sustraerse á la rapiña de la desenfrenada plebe.

Al siguiente dia 22, Hidalgo creyó oportuno convocar al Ayuntamiento con el fin de darle á conocer los motivos de la insurreccion

y obtener de él que aprobase sus actos como autoridad legítimamente constituida por el monarca, cuya personalidad aun no habia sido atacada por los rebeldes, irritados no contra la metrópoli sin ocontra los españoles americanos. Por más extraño que pueda verse tal proceder, Hidalgo dejábase guiar por un buen pensamiento, cual era el de dar á los ojos de la multitud cierta apariencia de legalidad á sus actos.

En aquella sesion á la que concurrieron los regidores celayenses criollos únicamente, por haberse fugado los europeos, Hidalgo fué nombrado general y Allende su teniente, confiriéndose los demás grados superiores á los otros caudillos del levantamiento.

El suceso se celebró con un paseo de la comitiva al rededor de la plaza, llevando el mismo Hidalgo la imágen de la Vírgen de Guadalupe y aclamándole la multitud excitada por los guerreros acordes de la banda militar.

Presentóse despues el general en el balcon de su alojamiento, y desde allí dirigió la palabra al pueblo vitoreando á la libertad y ensalzando la nueva causa.

V

Quien quiera que haya leido las dos anteriores partes de esta historia de las luchas de nuestra independencia, recordará el infame acto de venganza llevado á cabo por Miguel Garrido, el primo de la esposa de mi padre el generoso Benito Arias Martinez.

Pocas horas despues de haber el cura Hidalgo salido de Dolores con sus huestes, mi buen padre, que prodigaba sus cuidados á la bella María, quien la noche anterior habíame dado á luz, era sorprendido por Miguel disfrazado de franciscano, y poco ménos que asesinado cobarde y miserablemente. A la vez aquel bárbaro enemigo penetró en la habitacion de mi madre, llegó á su lecho, la aterró con su presencia, y tomándome en sus brazos, salió de la casa y huyó á todo el escape de los caballos de su coche de camino.

¡Cuán horrible fué la desesperacion de mis infelices padres!

María permaneció un largo espacio de tiem-

po privada de sentido, y misericordia grande de Dios fué que no muriese al volver en sí!

—¡Mi hijo!—exclamó con esa voz terrible de la desesperacion maternal.

Sacando fuerzas asombrosas de donde solo habia falta absoluta de ellas, se levantó y cubrió honestamente saliendo en busca de mi padre.

¡Cuál no seria su indescriptible espanto al verle en el zaguan maniatado y revolcándose en su sangre!

Acudió como era consiguiente en su ayuda, y yo dejo al lector que él se imagine las escenas que á todo este drama seguirian.

El hecho es que á los dos dias del suceso, mis padres, arrostrándolo todo, se pusieron en camino para México, casi moribundos, pero sostenidos por una fuerza sobrenatural, pero asequible á la enérgica clase criolla de aquellos dias.

Si alguna vez uno de ellos desmayaba, recordábale el otro el tierno hijo robado del seno de sus padres y el débil sentia renacer y multiplicarse sus fuerzas.

Otra razon habia para hacerlas mayores aún.

Cuantas personas hallaban á su paso les informaban haber visto pasar al franciscano con direccion á México.

Alguno añadió que le acompañaba una mujer criando á un tierno pequeñuelo.

Al fin, nuestros dos héroes llegaron á la capital.

Todo era en ello movimiento y agitacion indescriptibles.

El dia 13 de Setiembre el nuevo virey D. Francisco Javier Venegas, llegado de Puebla con el intendente de aquella ciudad, D. Manuel de Flon, conde de la Cadena, recibió en la Villa de Guadalupe el mando que le entregó la Audiencia gobernadora. El 14 hizo su solemne entrada en la capital, y tres dias despues convocó una junta numerosa en los salones del palacio vireinal, asistiendo las principales dignidades eclesiásticas, los prelados de las religiones, los jefes civiles y militares, todas las autoridades, los dos vireyes sus predecesores y los títulos y principales comerciantes de la ciudad.

Los objetos primordiales de la reunion fueron la lectura de la proclama de la regencia española llamando á participar del gobierno á los americanos; la noticia de las gracias otorgadas á los más fieles súbditos de su majestad, y el modo de colectar el nuevo préstamo solicitado para la continuacion de la guerra contra los franceses.

—Ya deciamos que al fin se resolveria todo con una nueva demanda de dinero.

—Solo se nos considera como cajeros de la metrópoli.

—El mejor dia nos quedamos á pedir limosna.

—Dicen que el arzobispo Lizana se ha suscrito con treinta mil pesos.

—Lo creo.

—¿Por qué?

—Porque su capital es tan grande como escaso su talento para gobernante.

—Pues anda, que el arcediano Beristain entregó al virey como representacion de su cuota un anillo de brillantes que llevaba al dedo, estimado en cuatro mil pesos.

—¿Qué cosa? el dedo?

—No, hombre; el anillo.

—Le habrán otorgado alguna gracia.

—Qué habian de otorgarle: solo aquellos que contribuyeron á la prision de Iturrigaray las han obtenido.

—Veamos, veamos quiénes.

—A Lizana y á Garibay la gran cruz de Cárlos III.

—Gananciosos han salido ese par de inútiles.

—Título de Castilla á D. Gabriel Yermo.

—Sin duda habrá sido el de Duque de la Emboscada.

—Se ignora, pues no ha querido admitirle.

—Y á Catani, ¿qué le han dado?

—Un disgusto que no habrá de salirle del cuerpo.

—¡Cómo!

—Sí. Al buen regente le han otorgado su jubilacion, con goce de todo su sueldo.

—Es decir, "un quítese usted de en medio."

—Eso es.

—Y el bueno del oidor D. Guillermo Aguir-

re, el enemigo jurado de los criollos ¿qué ha pescado?

—La Regencia que deja vacante Catani.

—Vaya, buen bocado!

—¿Y qué se dice del levantamiento del cura Hidalgo en Dolores?

—Que Venegas no sabe cómo salir del atolladero.

—No decian que era hombre muy expedito?

—Lo es; ¿pero de qué puede servirle su expedicion si carece de ejército de que disponer?

—Ahora comprenderán que fué un disparate la disolucion del canton de Jalapa.

—Bien es verdad que poco puede confiar en la fidelidad del ejército.

—¡Toma! como que se tiene noticia de que varios cuerpos de Valladolid y San Miguel se han unido á los revolucionarios.

—Parece que el buen curita no se duerme sobre las pajas.

—Todo lo contrario, da sus primeros pasos con seguridad y rapidez.

—Lo malo es que, segun parece, su entrada en las poblaciones va acompañada de grandes crímenes y abusos.

—Dicen que en Chamacuero han preso de mala manera al cura del pueblo, cometiendo grandes violencias para apoderarse de una fuerte suma que allí habia.

—Tambien se asegura que en el dinero que en Celaya han cogido habia una respetable cantidad perteneciente á la mujer de Abasolo, que éste jefe quiso recobrarla y no se lo consintieron sus camaradas.

—¡Malo, malo! esas cosas acabarán por introducir la division entre ellos, y perderán todo lo que han adelantado.

—Por fin, lo de Querétaro ya concluyó ¿no es cierto?

—Aseguran que sí.

—Creo que el virey está que truena contra Collado.

—¿Quién? el alcalde al cual se comisionó para la prosecucion de las causas?

—El mismo.

—¿Por qué?

—Porque á su llegada á Querétaro lo primero que hizo fué poner en libertad al corregidor Dominguez y restituirle su empleo.

—Mucho debe haber influido en ello la

amistad de Collado con el ex-regente Catani.

—Bien puede ser.

—Lo es de seguro. Catani simpatizaba con los americanos.

—Hay quien dice que todo ha sido una medida política.

—No entiendo.

—Ha querido ganarse á los independientes, tratándolos con moderacion para no asustar ó precipitar á los demás.

—No lo creo.

—Afírmase tambien que el gobierno recibió un anónimo amenazándole con un levantamiento de los indios del pueblo de la Cañada, contiguo á Querétaro, si no se ponia en libertad al corregidor.

—Y con el capitan D. Joaquin Arias que vendió á los conspiradores, ¿qué ha sucedido?

—¡Ahí es nada lo que ha sucedido!

—¿Qué es ello?

—En primer lugar, como usted acaba de decir, él fué quien delató formalmente á los conspiradores con los cuales trabajaba de acuerdo. Hízose poner preso para alejar de sí las sospechas y fué quien perdió á esa vale-

rosa mujer Doña Josefa Dominguez, reducida á prision en el convento de Santa Clara. Collado le puso en libertad alzándole su fingida prision y el muy canalla acaba de ir á unirse con Hidalgo que no sospecha cosa alguna de él.

—¿Pero cómo se le permitió salir de Querétaro?

—Porque prometió á Collado que con su influjo haria cesar la rebelion.

—Lo que sí hará ha de ser venderlos una vez más.

—Ese la entiende, juega con dos barajas á fin de ganar con alguna.

—¡Oh! de eso hemos de ver mucho.

—Por supuesto que el cura habrá salido ya de Celaya.

—Dicen que ya ha pasado por Salamanca, Irapuato y Silao, y que en todas ellas se le ha entregado la gente, aumentando colosalmente su ejército. Ahora creo que se dirige á Guanajuato.

—Y de seguro le tomará.

—Ya lo creo.

—¿Por qué?

—Pues es bien sencillo. Todas aquellas poblaciones están punto ménos que desguarnecidas. El vireinato carece de tropas que oponer á las muchedumbres del cura.

—¡Pero qué maravilloso es despues de todo este alzamiento!

—Lo curioso es que los mismos españoles han venido preparándole. Todo seguia su curso reposado y tranquilo, cuando de súbito la prision del monarca realizada por Napoleon, conmovió los dominios de España en uno y otro hemisferio. Dispuestos todos á sacrificarse por la monarquía, se le ocurre al Ayuntamiento de México echar á volar la idea de nuestra autonomía, halagando las ambiciones de Iturrigaray: logra éste hacérsenos simpático halagando á la clase criolla, y el atrevido golpe de mano de D. Gabriel de Yermo corta de una vez todo lazo de union entre criollos y europeos y desacredita el poder vireinal, víctima de un grave atentado contra la autoridad que hasta entónces habiamos considerado como sagrada. Distraida España con sus combates contra Napoleon, en vez de enviar en tales momentos un hombre prestigiado y

enérgico que volviera á encauzar el desbordamiento, acaba de atraer el desprestigio sobre su administracion, confiándola á las manos débiles é inexpertas de Garibay y Lizana, hundiéndola al fin al concedérsela al enemistado cuerpo de la Audiencia. Al fin de estos dos años de errores, cuando ya la rebelion ha levantado poderosa su cabeza, pretende seducirnos con gracias y concesiones tardías y á la vez justifica y da valor á nuestras quejas, confesando indiscretamente en el manifiesto de la Regencia, que hasta hoy habia pesado sobre nosotros el férreo yugo de la opresion, habiendo sido "mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia."

—Bueno ha sido el tal manifiesto de la Regencia.

—Apénas se concibe que haya sido redactado por españoles.

—Por halagarnos, soltaron la sin hueso, y.... por la boca muere el pez.

—Lo más curioso es que el tal manifiesto fué redactado por un poeta español muy patriota.

—Justo; por D. Manuel José Quintana.

—Siempre les sucede lo mismo á los poetas: hablan más de lo que les conviene.

—Bien puede decirse esto de Quintana: por ensalzar á la libertad, denigró á su patria.

—Y de modo que no le dejó ni cara en que persignarse.

—¿Por qué?

—Porque él tambien ha sido quien acusó á los conquistadores de *atroz codicia é inclemente saña.*

Los interlocutores salieron del café de Medina en que tan sabrosamente conversaban, y continuaron haciéndolo en voz tan baja, que imposible fué enterarse del resto de su plática.

VI

Una vez llegados á México mis padres, su primera intención fué dirigirse á casa de D. Gabriel y enterarle de su desgracia y pedirle su proteccion; pero bien pronto reflexionó mi padre y dijo:

—María, mi María idolatrada, ni aun por

nuestro propio hijo debemos hacer tal cosa.

—¡Oh! Benito, ese es un mal entendido orgullo.

—No, no lo es. D. Gabriel debe al presente aborrecernos.

—No lo creas: Yermo tiene un grande, un inmenso corazon, y la generosidad de su alma no reconoce límite.

—No lo niego; pero es español.

—¿Qué quieres probar con eso? que te aborrecerá por criollo? No le conoces; ese hombre no aborrece á nadie: luchará como bueno por su causa, pero sin odio hácia sus enemigos.

—Lo creo tambien; pero no me referia á eso al recordarte que es español.

—Explícate entónces.

—Es español,—repitió mi padre;—es decir, es de esa raza de la que nació Guzman el Bueno, que no pidió á sus enemigos ni por la vida de su hijo, tan inocente y mal tratado como el nuestro.

—¿Y qué?

—Que aunque yo le pida por el mio, aunque á sus plantas derrame el torrente de mar-

tirizadoras lágrimas que mal puedo contener dentro de mis párpados, le pareceré despreciable é indigno de compasion.

—¡Funesto error!

—Pero á mí no me lo parece, y no, María, no acudiré yo á Yermo.

—Pero yo que amo más que tú á nuestro hijo....

—¡María! María! por piedad!—exclamó mi padre,—dí que las palabras que acabas de pronunciar no puedes creerlas tú! ¡Suplicio horroroso! oirte decir á tí misma que no amo á nuestro hijo!.... No, no, María de mi alma! desdícete é imponme tus órdenes y yo las acataré aun cuando deba morir de dolor y de vergüenza, un instante despues de haberte devuelto á tu hijo.

María no supo qué contestar á mi pobre padre, á quien abrió amorosa sus brazos para que en ellos vertiese aquellas lágrimas que ya no pudó contener.

—¡Perdóname, Benito, perdóname! estoy loca! no sé lo que me digo! haz lo que más justo estimes! No me lo consultes siquiera! pero salva á nuestro hijo!

—¡Oh! sí, yo le salvaré, María, yo le salvaré!

Y sin esperar observacion alguna, mi padre salió de la casa donde habíase alojado con su esposa.

Un instante despues habia tomado su partido.

Apresuró el paso, y atravesando varias calles sumidas en la profunda oscuridad de una noche tempestuosa, llegó á las puertas del convento de San Francisco.

Llamó, acudió el lego portero, y fingiendo mi padre plañidera voz, pidió y obtuvo, no sin dificultad, que se abriese la puerta para darle asilo por aquella noche.

Impulsos sintió de lanzarse sobre el lego y comprar su silencio quitándole la vida, pero reflexionó y se contuvo.

El portero le condujo á uno de los corredores de la planta baja y allí le indicó que se tendiese sobre una larga fila de petates en que otros mendigos dormian como en mullido lecho.

Una mala vela de sebo despedia débil é incierta claridad, balanceándose á impulsos del

viento en un pobre farol pendiente de una cuerda.

La tempestad arreciaba por instantes, la lluvia caia á torrentes, y el viento, silbando con violencia en las columnas de piedra con que se rozaba, seguia moviendo el farol que al fin vino al suelo haciéndose pedazos y matando la luz de la vela.

Mi padre se levantó entónces y á tientas recorrió los corredores y se lanzó á los claustros, apagando cuantas luces halló en ellos y escuchando y observando en todas las puertas de las celdas.

Buscaba la del maldecido franciscano.

Largo espacio de tiempo empleó en sus pesquisas, pero todas fueron infructuosas: el silencio y el reposo eran absolutos.

Desesperado y casi demente volvió á su petate del corredor y sentado en él púsose á pensar.

Pasado un instante se levantó y fuese resueltamente á la portería.

El lego dormia como un santo varon.

Mi padre le tocó suavemente en el hombro

y despues más fuerte hasta que logró despertarle.

—¿Qué es? qué ocurre?—preguntó con sobresalto el portero.

—Perdóneme, padre.

—¡Ah! ¿eres tú? qué haces aquí? á tu lugar, ó te echo á la calle.

—Perdóneme, padre.

—No soy padre, y sobre todo déjame en paz, porque si una palabra más me hablas, te lanzo á puntapiés de aquí.

Mi padre estuvo á punto de acogotar al lego.

Por fin, con mil trabajos, consiguió hacerse escuchar por él, y supo dónde se hallaba situada la celda del franciscano: mi padre habia puesto en manos del lego cuantas monedas llevaba en el bolsillo, entre las cuales habia onzas de oro.

—¡Ah, bribon!—habíale dicho el portero, —¿quién te da á tí monedas de oro por limosna? ¡Hum! las habrás robado! pero, en fin, las restituyes á la Iglesia; sin duda Dios te ha tocado en la conciencia. Está bien: yo las

aplicaré á misas y oraciones por tu completa contricion.

Mi padre todo lo sufrió, hasta el cinismo con que el lego tomaba el nombre de Dios para disculpar su aceptacion de un dinero que suponia robado.

—¿Podré hablar al padre García Alonso?

—Ni aun cuando la Inquisicion lo mandase te abriria su puerta.

—¿Por qué?

—Porque llegó esta noche poco ántes que tú y dió órden de que por ningun concepto se le despertase.

—¡Cómo! ¿tan tarde vino?

—No lo sé: llegó hace tres dias, creo que del interior; pero hasta esta noche no ha entrado en el convento.

Al acabar de decir estas palabras el lego, se volvió del lado de la pared quedándose profundísimamente dormido.

La celda del franciscano hallábase situada en un pasillo cuya puerta habia pasado desapercibida para mi padre por efecto de la oscuridad.

Llegado que hubo á ella, penetró resuel-

tamente en el corredor, decidido á hacer se abrir la celda del franciscano, costárale lo que le costase.

Sabia ya quién era el misterioso personaje y nó habria de faltarle modo de llegar á entenderse con él.

Iba á poner la mano sobre el picaporte de la puerta, cuando sintió que tropezaban sus piés con un bulto que despidió un extraño gruñido.

—¡Quién va!—preguntó en voz bastante baja desnudando á la vez su puñal.

El bulto se enderezó tomando la forma de un hombre que le imponia cautelosamente silencio.

Mi padre apénas pudo distinguirle, pero comprendió que nada tenia que temer.

—¿Quién eres y qué haces aquí?—preguntó de nuevo mi padre cuya voz hizo lanzar un grito de satisfaccion á aquel á quien se dirigia.

—¡Habla con mil diablos!—exclamó mi padre sin obtener respuesta alguna de aquel hombre que imponiéndole siempre silencio, le invitó á seguirle hasta el lugar en que su

mano, que fué rozando sobre la pared, tropezó en un farol provisto de una mortecina luz.

Cuando los dos personajes de esta escena llegaron debajo de aquella, se repitió el grito de sorpresa, pero entónces fué mi padre quien le lanzó.

—¡Padre Acuña! ¿es usted el padre Acuña?

El infeliz sacerdote indicó, moviendo la cabeza en sentido afirmativo, que en efecto era él.

Vestia un trage indescriptible, compuesto en lo absoluto de harapos, y su rostro demacrado y enjuto hacíanlo más espantoso las vacías cavidades de sus ojos.

Era en efecto aquel padre Acuña á quien el franciscano habia hecho sacar los ojos y cortar la lengua para impedirle descubrir el secreto del robo de las perlas de la reina Luisa.

—¡Infeliz! exclamó mi padre horrorizado:—¿qué hace usted aquí?

El padre Acuña señaló la puerta del cuarto del franciscano, y sacando de entre sus harapos un puñal, hizo ademan de herir á un hombre.

—¿Quiere usted matar al franciscano?

Acuña indicó que sí, sonriendo ferozmente.

—¿Pero sabe usted quién es?

El desgraciado manifestó que sí, y despues gesticuló con violencia y desesperacion, como queriendo explicar algo á mi padre.

Este, que á tan caro precio conocia al franciscano, comprendió lo que Acuña deseaba y le dijo:

—Quiere usted decirme quién es ¿no es cierto?

Al ser contestado afirmativamente, díjole mi padre:

—Bien está: yo ayudaré á usted, padre Acuña. Iré preguntándole, y con un movimiento de cabeza determinará si acierto ó no acierto.

—¿El franciscano es el mismo granadero Miguel Garrido que suponiamos muerto en la noche de la prision de Iturrigaray?

Acuña contestó que sí, mostrándose asombrado de lo que suponia adivinacion milagrosa.

—¿Podrá demostrarlo cuando le acomode?

El sacerdote movió negativamente la cabeza.

—¡Oh! exclamó con júbilo mi padre: ¿có-

mo podria yo saber en qué puede estribar esa imposibilidad?

Acuña sacó de su seno nn rollo de papeles que mostró á mi padre, quien rápidamente los examinó: efectivamente, sin ellos, Miguel Garrido no podria demostrar su primitiva personalidad.

—¿Cómo están en poder de usted?.... Comprendo: han sido extraidos de su celda.... ¿No?.... ¿De dónde entónces?.... ¿De otra casa?.... ¿Sí? ¿Conque tiene otra casa?.... Ya adivino: la que pasa por casa de su supuesto hermano el capitan, cuyo capitan no es otro que el mismo franciscano.... ¿Dónde estará esa casa? podrá usted conducirme á ella?.... ¿Sí? ¿A pesar de hallarse usted ciego?.... ¿Sí?

Como para demostrar aquel desgraciado que su carencia de vista no le impediria cumplir su ofrecimiento, anduvo varias veces por el corredor, dando vueltas al rededor de mi padre sin tropezar nunca con él.

—Estoy convencido: ¿tiene usted algun inconveniente en venderme esos papeles?.... ¿No?.... ¿Cuánto quiere usted por ellos?

Veamos, iré yo ofreciendo.... ¿Cien pesos?.... ¿Doscientos?.... ¿Quinientos?.... ¿Sí?.... Está bien: mañana podrá usted disponer de esa cantidad.... ¿Pero son verdaderos esos papeles?.... No, no, nada tiene de extraño mi pregunta: el franciscano sin duda hubiera ofrecido más.

Acuña comenzó haciendo una mueca de desden hácia los papeles, entregándose despues á una pantomima que mi padre se hizo repetir varias veces hasta que suponiendo haber comprendido, observó:

—Comprendo, sin duda tiene usted algo de mayor importancia con que perder al franciscano.

El sacerdote indicó que así era en efecto.

—¿Seria indiscrecion pretender saberlo?.... ¿No?.... Bien: ¿qué cosa es ello?

Acuña hizo ademan de arrullar á una criatura de pecho.

Mi padre sintió latir con violencia su corazon.

—¡Un niño!—exclamó—¿dónde está ese niño?

El sacerdote indicó que en su poder.

—¿Pero ese niño es hijo suyo?.... ¡Ah! ¿no lo sabe usted?.... ¿Le tenia ántes de haber salido para el interior?.... ¡No!.... ¿Le ha traido consigo al volver de su viaje?.... ¡Sí!.... ¡Dios mio! Dios mio! padre Acuña! ese niño es hijo mio y de María; este hombre miserable le robó del lecho de mi infortunada María. ¡Condúzcame, condúzcame á su lado, y toda mi fortuna es de usted, de usted enteramente! ¡Oh! por todos los santos del cielo, vamos, cerca está mi casa, aquí, en el Hospital Real, la segunda casa, entrando á mano izquierda, allí está María que nos acompañará, haciendo ántes á usted las mismas promesas! Vamos!

Acuña y mi padre salieron del corredor.

VII

Estaban haciéndose abrir á viva fuerza por el lego la puerta del zaguan del convento, cuando en ella sonaron tres violentos golpes.

Abierta que fué, aparecieron en su dintel

media docena de caballeros, de los cuales el que parecia el principal dijo con imperio:

—Necesitamos ver inmediatamente al padre García Alonso.

Lo mismo fué escuchar su voz que perder mi padre todo instinto de prudencia y lanzarse sobre el caballero, gritando:

—¡Miserable, ¡qué has hecho de mi hijo!

Inútil me parece decir que fué inmediatamente sujetado por los acompañantes del tal caballero, que no era otro que el capitan García Alonso.

Un momento despues, amordazado, vendado y agarrotado con fuertes cuerdas, mi padre fué conducido por aquellos siete hombres á un calabozo de las cárceles de la Inquisicion.

Acuña habia logrado escapar sin ser descubierto.

Con grande inquietud de mi desventurada madre, amaneció el siguiente dia sin ver llegar á su marido.

¿Qué podria haberle sucedido?

En vano procuró explicarse su prolongada ausencia.



Fue conducido por aquellos hombres. Pag. 60.

Así trascurrieron las horas y volvió la noche y mi madre no pudo esperar más y se lanzó á la calle.

Arrostrando por todo, se dirigió á la calle de Cordobanes, á la casa de Yermo; pero los criados no la permitieron pasar: todos eran nuevos, ninguno la conocia y por más que les suplicó y lloró, no alcanzó mas que la tomasen por loca y le cerrasen la puerta.

Moribunda de dolor y de crueles padecimientos, María sintió que sus fuerzas la abandonaban, quiso apresurarse á llegar á su casa, y en la esquina de la calle de Tacuba cayó al fin desfallecida.

Así permaneció más de dos horas sin que persona alguna á la cual pedir socorro, acertase á pasar por allí.

Al fin escucháronse unos pasos y poco despues un caballero llegó á la esquina de Tacuba, y fijándose en mi madre, se detuvo y la ayudó á levantarse, casi perdido el conocimiento, por lo cual no pudo responder á ninguna de las preguntas que el caballero la hizo.

Este, con el instinto de la gente jóven y enamorada, comprendió, á pesar de la oscu-

ridad de la noche, que aquella mujer era una mujer hermosa, y haciéndola sentar en el poyo de una puerta, sacó de su bolsillo una pequeña linterna, hizo fuego y alumbró el rostro de mi desfallecida madre.

Apénas húbole visto, apagó con rapidez la linterna exclamando:

—¡María! María! y más hermosa que nunca. Bendigo mi estrella que así la trae de nuevo á mis manos. Me han robado á su hijo, pero la tengo á ella: yo la consolaré.

Y tomándola en sus brazos siguió la calle adelante.

Pero en la esquina de la de Manrique se detuvo fatigado y volviendo á colocarla en otro poyo, dijo:

—¡Maldita herida! desde que la recibí soy hombre inútil para todo: por fortuna estoy en buen lugar: próxima está la casa del Lic. Martinez: haré que mande poner una litera y en ella haré conducir á mi fugitiva esposa.

Diciendo tal, abandonó á mi madre seguro de que á tales horas de la noche ningun peligro habia en ello, y llamando á una puerta próxima, la hizo abrir y penetró en la casa.

María comenzó entónces á volver en sí y con suprema energía se incorporó, á tiempo que un hombre que llegaba resbalando una de sus manos en las paredes viniendo en aquella direccion, tropezó con mi madre, que estuvo á punto de perder el equilibrio.

Al golpe que sin duda recibió, comenzó á llorar amargamente una pequeña criatura que aquel hombre conducia.

María intentó disculparse con el desconocido, quien al escuchar su voz se detuvo.

¡Providencial casualidad! mi madre reconoció desde luego al padre Acuña, quien le entregó el niño, indicándole, como pudo, que era el suyo.

María le reconoció en efecto, y Dios quiso por tan extraño modo devolverme á los brazos de mi madre.

Acuña y María pusiéronse inmediatamente en marcha.

Apénas habian doblado la esquina opuesta, cuando el caballero de la linterna, acompañado del Lic. Martinez y varios criados con luces, salió de su casa en busca de la dama de

la aventura, no encontrando ya ni rastros de ella.

—Capitan García Alonso,—dijo el licenciado,—acabas de jugarme una pesada broma.

—Te juro.....

—No jures, porque al fin no he de creerte.

—Te digo que la dejé aquí, en este mismo lugar.

—Bien hacia yo en no creerte.

—Fatalidad y nada más.

—Vete en hora mala con tus cuentos: apoderarte de una mujer hermosa y dejarla en mitad de la calle desmayada, es cosa increible.

—Increible, pero cierta.

—¿Cómo no la condujiste á mi casa? soy soltero y sabes que puedes disponer de toda ella.

—Me importaba que nada se supiese, y sin la oficiosidad del criado que te despertó.....

—¡Vaya, vaya! me has jugado una buena broma, haciéndome dejar la cama para nada; pero, en fin, lo merezco por tonto, y te perdono, con la condicion de que ya que me hiciste levantar, tú tampoco te acuestes.

—¿Y qué diablos vamos á hacer?—dijo el

capitan procurando disimular su mal humor.

—Allá veremos: á las dos hermanas del Dr. Gil no ha de parecerles mal que vayamos á despertarlas de su sueño. ¿Vamos?

—Vamos.

Martinez dió á sus criados órden de meterse en casa y cerrar, y tomando del brazo al capitan, dirigióse con él á la del Dr. Gil.

VIII

Desde que Hidalgo comprendió la necesidad de violentar los primeros pasos de su rebelion, envió por todas partes emisarios encargados de propagar sus ideas y crear amigos y simpatizadores.

Fué uno de estos agentes un mozo de la hacienda de Santa Bárbara, próxima á Dolores, llamado Cleto, quien recibió la comision de dirigirse el dia 15 de Setiembre á D. Vicente Urbano Chavez, residente en Santa María del Rio.

Era este D. Vicente amigo de D. José Ga-

briel Armijo, íntimo de D. Pedro García, subdelegado del pueblo.

Diplomático nada hábil, Cleto puso desde luego en todos los pormenores de la revolucion á los tres citados personajes.

—¿Pero crees tú que no nos comprometeremos inútilmente?—preguntaron.

—¿Inútilmente? por qué inútilmente?

—Porque no vaya á ser que el plan del cura esté tan poco meditado como el de Valladolid.

—Nada de eso: lo que es esta vez no erraremos el golpe.

—¿Pero tiene armas al ménos?

—¿Que si tiene? ya lo creo.

—Veamos, dí cuáles son.

—En la hacienda de Santa Bárbara tenemos escondidas grandes cantidades de lanzas y fusiles, monturas y caballos. Por lo que hace á las lanzas, yo solo he construido más de doscientas y de lo mejor.

—¿Y cuándo debe darse principio al movimiento?

—El 28 de Setiembre á lo más tarde.

—Pues mira, Cleto, puedes contar con nos-

otros siempre que nos traigas alguna constancia por escrito y con la firma del cura.

—Pues si no es más que eso, la traeré en el tiempo indispensable para ir y volver nada más.

Efectivamente, Cleto regresó el 17 á media noche trayendo no ya la constancia que se le habia pedido sino un papel firmado por Hidalgo, participando que en la madrugada del dia 16 habia dado principio á la revolucion.

Chavez, Armijo y García, por medio del capitan D. Pedro Meneso, dieron parte de todo al comandante de San Luis Potosí, brigadier D. Félix María Calleja, que se encontraba en aquellos instantes en la hacienda de Bledos, perteneciente á su esposa. Púsose en seguida en marcha para San Luis, y con tal fortuna, que dos horas despues de haber salido de Bledos, se presentó en la hacienda una partida enviada en su busca por Hidalgo.

Instruido y activo Calleja sobre toda ponderacion, haciendo uso de las facultades omnímodas que autorizaban las circunstancias, dispuso se pusiesen inmediatamente sobre las armas los regimientos provinciales de dragones

de San Luis y San Cárlos, y por medio de circulares excitó á todos los pueblos y haciendas de sus distritos para que le enviasen toda la gente armada que de ellos pudiese sacarse.

El resultado fué de lo más satisfactorio para él, gracias á su actividad y la naturaleza misma de la division de la propiedad en la provincia de San Luis: distribuida ésta entre pocos individuos, todos aquellos opulentos propietarios pusieron en corto espacio de dias á disposicion de Calleja gran número de gente armada y dirigida por sus propios amos ó principales dependientes.

Distinguióse en ello D. Juan de Moncada, conde de San Mateo de Valparaiso y marqués del Jaral de Berrio, con quien Allende tenia tan estrecha amistad, que en algun tiempo creyó que se afiliaria en el bando independiente: léjos de hacerlo así, se puso, como voy diciendo, á las órdenes de Calleja, presentándosele con una regular partida de sus dependientes y servidores, mandados por el conde en persona.

En tanto se organizaba este pequeño cuerpo de ejército, que tan temible habia de ha-

cerse apénas entrase en campaña, poníanse en juego en Valladolid de Michoacan armas de otro género contra Hidalgo.

El obispo de aquella diócesis, Abad y Queipo, apénas tuvo noticia de la rebelion, públicó en 24 de Setiembre un edicto excomulgando al cura y á todos los suyos por haber reducido á prision y maltratado al sacristan de Dolores, al cura de Chamacuero y varios religiosos del convento del Cármen de Celaya. Acusábale de trastornador del órden público, seductor del pueblo, sacrílego y perjuro, y segun los cánones, exhortaba y requeria á sus ejércitos á que le abandonasen y se restituyesen á sus hogares dentro de tercero dia, incurriendo, de no hacerlo así, en la pena de excomunion mayor extensiva á cuantos directa ó indirectamente favoreciesen la revolucion.

Excusado me parece decir que Hidalgo procuró que tal edicto no llegase á conocimiento de su gente, y que ponderándola la santidad de su causa y la felicidad y esplendor de sus primeros triunfos, la invitó á caer sobre Guanajuato, rica plaza de comercio que

les brindaba con recursos sobrados para dar impulso á la lucha.

Este partido tomó Hidalgo en presencia de las noticias que recibió de haberse fortificado Querétaro, sobre el cual pensó en un principio haberse dirigido. En efecto, para esta plaza habia salido el 26 D. Manuel de Flon, conde de la Cadena, intendente de Puebla, al mando en jefe de una fuerza respetable compuesta de las tropas que guarnecian la capital y del regimiento de infantería de línea de la Corona formado por dos batallones, más cuatro cañones de á cuatro, que mandaba D. Ramon Diaz de Ortega, teniente coronel de artillería: dispúsose igualmente para la marcha otra columna de granaderos y dragones de línea de México y del provincial de Puebla, al mando de D. José Jalon, oficial venido de España con D. Francisco Javier Venegas.

Ya desde el 17 habia el virey ordenado al brigadier D. Félix María Calleja se uniese en Querétaro con la columna al mando de D. Manuel de Flon; pero esto no pudo entónces verificarse, como lo manifestó por escrito

Calleja, por los rápidos progresos de Hidalgo y por el peligro que hubiese corrido San Luis, en dónde habíase descubierto una conspiracion tramada por algunos oficiales, dispuestos á pasarse á los independientes en cuanto éstos se presentasen á las puertas de la poblacion. Fué el agente y coordinador de este plan un clérigo que se suicidó al verse descubierto por la denuncia de un sargento de las milicias provinciales.

Calleja continuaba entretanto organizando é instruyendo sus fuerzas, á las que dotó de oficiales de su gusto y confianza, improvisando á muchos de ellos, llamados más tarde á distinguirse en la encarnizada lucha.

Fué uno de éstos D. José Antonio Oviedo, administrador de la hacienda de Bocas, con cuya gente y la del pueblo del Venado se formó un lucido batallon de infantería, que fué llamado "*los tamarindos,*" por habérsele uniformado con trages de gamuza, que tiene el color de aquel fruto.

—¿Tamarindos, eh?—exclamaba alguno de ellos;—yo les juro que agrios nos han de encontrar.

—Que nos dé el "amo Oviedo" la señal del combate y.... ya verán.

El "amo Oviedo" era el nombre que daban á su jefe.

—¿Y hasta cuándo vamos á estarnos sin entrar en campaña?

—No te apures, que no tardaremos.

—¿Pero á qué esperamos? ¿No hay ya bastante gente?

—Vaya si la hay: como que ha venido más de la que buenamente puede armarse.

Así habia sido en efecto: Calleja hizo volver á muchos á sus casas por no tener modo de armarlos.

—Dicen que tenemos varios cuerpos de caballería muy bien montados.

—Y hasta cuatro piezas de á cuatro y de á seis.

—¿De dónde han salido?

—¡Toma! de la fundicion.

—Sí lo creo; pero ¿de qué fundicion?

—De la que estableció el mismo D. Félix María Calleja.

—¿De dónde habrá sacado tanto peso como lleva gastado?

—En primer lugar, de los fondos de las cajas reales que ascendian á cerca de cuatrocientos mil pesos, puestos á su disposicion por el intendente D. Manuel Acevedo.

—Pero eso no habria bastado.

—Claro; pero ha tomado tambien las platas de la conducta que caminaba para México.

—¿No estaba ya en camino?

—El subdelegado García la hizo detener en Santa María del Rio luego que supo el alzamiento del cura, para impedir que cayese en su poder.

—¡Buena presa!

—Como que traia un tejo de oro y trescientas quince barras de plata.

—Asegúrase tambien que varios comerciantes españoles le han prestado en calidad de reintegro doscientos veinticinco mil pesos acuñados, noventa y cuatro barras de plata quintada y dos mil ochocientas sin quintar.

—¡Válgame Dios y qué riquezas han producido las minas, y cómo abunda el dinero en Nueva España!

IX

En marcha para Guanajuato dejé á Hidalgo en un párrafo del anterior capítulo: veamos lo que allí habia pasado en los últimos dias.

Don Juan Antonio de Riaño tuvo noticia del levantamiento de D. Miguel Hidalgo el dia 18 de Setiembre á las once y media de la mañana, por un criado que D. Francisco Iriarte le mandó desde la hacienda de San Juan de los Llanos.

Ignorando el punto en que pudiese encontrarse el ejército del cura é imaginándose que no tardaria en ser atacado por él, mandó tocar generala á la guardia que hallábase á las puertas de las Casas Reales, y con la alarma consiguiente acudieron á la intendencia los soldados todos del batallon provincial de infantería y los vecinos principales, comerciantes, mineros y resto de poblacion, armados cada uno con lo que primero hubieron á la mano.

Súpose entónces que D. Miguel Hidalgo habíase rebelado en Dolores contra las autoridades españolas y que se temia no tardara en atacar á Guanajuato.

Las fuerzas regulares quedaron desde luego sobre las armas, á los vecinos que las tenian se les ordenó presentarse con ellas en el cuartel del batallon provincial, y á los útiles, pero desarmados, se les previno estuvieran prontos á acudir á la defensa en cuanto volviese á tocarse generala.

Al entrar la noche, y cuando hubieron cesado los quehaceres del dia, las gentes formaron corrillos en todas las tiendas, conversando acerca de los sucesos que á todos tenian impresionados.

—¿Se celebró por fin la junta?

—¿Cuál?

—La que citó el intendente para la tarde de hoy.

—Sí se celebró.

—¿Quienes asistieron?

—El Ayuntamiento, los prelados de las religiones y los vecinos principales.

—Dicen que comenzó dando á conocer el intendente los informes que ha recibido.

—¿Qué informes han sido esos?

—No se sabe; pero se asegura que á juzgar por ellos no ha de tardar el cura en atacarnos.

—El intendente parece que está muy preocupado y que ha dicho que dentro de pocas horas rodará su cabeza por las calles de la ciudad.

—No lo quiera Dios; es un excelente hombre.

—Pero algo habrán determinado.

—Dudan qué partido tomar.

—Parece que D. Diego Berzábal, sargento mayor del regimiento provincial de Guanajuato, propuso, secundado por algunos regidores, salir inmediatamente á atacar al cura.

—A ese bravo D. Diego nada le asusta ni intimida.

—Es un valiente como hay pocos.

—¡Viva D. Diego!

El hombre que así excitaba el entusiasmo era verdaderamente digno de aquella demostracion: contaba cuarenta y un años de edad

y á la de doce ingresó como cadete en el regimiento de Granada.

Habia nacido en Oaxaca el 12 de Noviembre de 1769, pasó despues á España y de ella regresó casado con una distinguida señora de la Coruña.

Cuando en 1789 se crearon los regimientos de Nueva España, Puebla y México, D. Diego fué colocado en el primero sirviendo en él hasta llegar á capitan: en 1809 se le promovió á sargento mayor del batallon provincial de Guanajuato, que puso en un brillante pié de guerra, uniformándole y armándole á expensas de los fondos municipales.

Hallándose fuera de México concurrió á varias acciones de guerra en la isla de Santo Domingo, distinguiéndose por su arrojo y sereno valor.

A él comunicó el tambor mayor de su batallon, José María Garrido, la denuncia de la conjuracion del cura Hidalgo, de cuya persona hubiérase apoderado si el intendente no se hubiese manifestado opuesto á ello.

En esta historia de la vida de mi padre vengo, como mis lectores habrán observado, rin-

diendo justo tributo de justicia á todos los hombres, cualesquiera que hayan sido sus opiniones, y en ella merece D. Diego Berzábal homenaje de consideracion y respeto.

—¿Y se resolvió por fin la salida?—preguntó el personaje cuya relacion interrumpí por hacer yo la mia.

—No se resolvió.

—No alcanzo la causa.

—Se dijo que no sabiéndose el número y fuerza del enemigo, era una temeridad aventurarse.

—Bien pudiera ser.

—Se objetó tambien que existiendo en poder del intendente grandes caudales públicos, podrian correr algun grave riesgo de perderse.

—Entónces sí ha quedado resuelto el punto.

—¿Cómo?

—Resolviéndose no salir.

—Es cierto.

—Solo Dios sabe si habrá cometido un error.

—¿Pero de parte de quién están ustedes? —preguntó en aquel instante un hombre del

pueblo que al pasar habia escuchado las últimas frases pronunciadas en el grupo.

—¡Pípila!—exclamaron algunos.

—Sí, Pípila, ¿y qué?

—¡A tí quién te mete en lo que no entiendes!

—¡Que no entiendes!—repitió el llamado Pípila con acento despreciativo y desdeñoso; —creen ustedes que se necesita talento para entender estas cosas; basta con tener corazon.

—¡Miren el tal, con la que se nos viene! Si será agente del cura?

—No, no lo soy; pero me simpatiza ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque les ha de cortar la cabeza á todos aquellos á quienes les sirve para maldita de Dios la.cosa.

—Oye tú, deslenguado, ¿quieres que te denunciemos al intendente para que te haga colgar de una horca?

—¡Si creerán ustedes que tengo miedo de morir!

—¿No? pues rompámosle á palos las costillas para que tenga de qué quejarse.

Pípila dió un salto atrás como un tigre, y arrancando con fuerza hercúlea una losa de la *banqueta*, la levantó en alto dispuesto á aplastar con ella al primero que se le acercase.

—¡Eh!—dijo—al que dé un paso adelante le aplasto como una oblea!

En tal postura seguia, cuando llegándose á él y por la espalda un chiquillo harapiento y desgreñado, dióle en mitad de la espalda un golpe tal, que Pípila soltó la losa yendo á caer á los piés de sus competidores, quienes viéndole en el suelo le aporrearon con encono y brutalidad, echando á correr despues por las calles adyacentes.

—¡Ah, cobardes!—exclamó, si el cura llega á venir, juntas me las habrán de pagar.

Al dia siguiente 19, la poblacion entera de Guanajuato, invitada á ello por el intendente, se ocupó en cerrar las principales calles con parapetos de madera y piedras, abriendo á la vez anchos y profundos fosos: así se logró formar un recinto regularmente fortificado, que comprendia la plaza y las más importantes calles y manzanas de las casas.

Pípila, que trabajaba tanto como cualquie-

ra otro y con ménos fatiga que nadie, se burlaba cruelmente de todo aquel á quien veia detenerse sucumbiendo al cansancio.

—¡Imbéciles!—les decia:—aun no llega el cura y están rendidos: ¿de dónde sacarán ustedes fuerzas para cuando llegue? ¡Ea! holgazanes! á trabajar para defender á sus amos, que ellos en premio les abandonarán al furor de las tropas del cura. ¿No lo están viendo? El recinto fortificado protegerá las casas de los ricos; las de ustedes quedarán del lado de afuera, porque cuanto poseen no vale el trabajo de defenderlo.

—Y tú ¿por qué trabajas entónces, si estás en el mismo caso?

—¿Por qué ha de ser sino porque ustedes trabajan?

—¡Buena salida!

—Sí que lo es: si todos ustedes pensaran como yo, ninguno trabajaria; ni yo tampoco; todos se portan como esclavos, y yo tengo que imitarlos para salvar al ménos la pelleja.

—Pípila, tú no sabes lo que dices. ¿No has oido decir que los soldados del cura vienen robando y destruyendo cuanto encuentran?

—Y ¿qué tienen ustedes que se les pueda robar? Dónde están sus barras de plata? dónde sus talegas? Jornaleros miserables, pasan la semana debajo de tierra presos en las minas, y el salario que reciben en la tarde del sábado se lo beben en la mañana del domingo, único dia de libertad y de expansion para ustedes. ¿Y para quiénes llevan esta vida? para los ricos y los gachupines que les explotan y á los cuales van á defender para que sigan explotando á los que queden vivos. Dejen de ser salvajes alguna vez, y no piensen en resistir al hombre que llega á darles la libertad. Que sus soldados roban, dicen: á ustedes que nada tienen ¿qué les han de robar? Déjenlos, pues, hacer, únanse á ellos y puede ser que algo les toque del botin. Lo que nosotros no nos cojamos se lo han de llevar los españoles á los franceses que hoy son sus amos; conque elijan lo que les parezca.

—Pero ¿y si matan al Sr. Riaño?

—No lo matarán: ¿no saben ustedes que es muy amigo del cura y que se quieren bien? No. Todos sabemos que Riaño es bueno, y ni el cura, ni Allende, ni Aldama, ni ninguno

de ellos se habria levantado contra los españoles si todos fuesen como él.

—Es verdad; pero....

—¡Qué pero ni qué nada! seamos hombres alguna vez y unámonos al cura.

Una verdadera multitud habia hecho círculo al improvisado orador, quien sabe Dios lo que hubiera obtenido de ella, si por ser llegada la noche no hubiese dado un clarin la órden de regresar cada cual á la ciudad.

Poco despues comenzaron á salir los relevos de los destacamentos enviados á observar y defender las entradas más conocidas, especialmente los caminos de Santa Rosa y Villalpando, por los cuales los pueblos de Dolores y San Miguel apénas distan diez ó doce leguas de Guanajuato.

X

Organizado á lo militar todo el sistema y servicio de la ciudad, á consecuencia del estado de alarma en que los ánimos se encontraban, todos sus moradores tenian la obli-

gacion de estar preparados al primer toque de llamada y reunion.

Cómo acataban todos esta órden, lo demostraron en la madrugada del dia 20 en que á consecuencia de un aviso de la avanzada del Marfil se creyó que Hidalgo iba sobre la ciudad.

El intendente fué el primero en ponerse á la cabeza de la columna compuesta de la tropa y paisanaje armado, y con valor y serenidad avanzó por la cañada dispuesto á habérselas con el cura.

Conocedor de su pueblo, y acostumbrado como valiente marino que habia sido, á estudiar su gente ántes de entrar en combate, D. Juan Antonio de Riaño observó con ojo perspicaz cierta predisposicion en los ánimos á unirse á los independientes si éstos llegaban á presentarse.

No sucedió lo último y la columna regresó á la ciudad.

En cuanto en ella estuvo el intendente, hizo llamar á Berzábal.

—¿Ha observado usted?—le preguntó lacónicamente.

—Todo,—contestó D. Diego.

—El pueblo va á faltarnos á lo mejor.

—Me parece lo mismo.

—¿Y qué hacer?

—Someternos á la voluntad de Dios.

—Sí, está bien; pero algo hay que hacer por nuestra parte.

—Luchar hasta morir.

—Sí, ¿pero ajustándose á qué plan?

—Al que V. S. determine.

—¿Echa usted sobre mí solo toda la carga?

—De ningun modo; pero V. S. no aprobó mi proyecto de salir á encontrar al cura.

—Pues salgamos, Berzábal, salgamos.

—Ya no es tiempo.

—¿Por qué?

—V. S. lo sabe como yo: D. Miguel triunfa donde se presenta, los pueblos se le unen por donde pasa: su ejército debe ser ya demasiado numeroso.

—Entónces, ¿qué debemos hacer?

—Esperar.

—Esperar ¿qué cosa?

—Los auxilios que hemos solicitado de Calleja, comandante de la brigada de San

Luis, y del presidente de Guadalajara; y si ni los unos ni los otros llegan, esperar al cura y venderle caras nuestras vidas.

—¿Pero debemos confiar en la adhesion del pueblo?

—Creo que no.

—Entónces hay que tomar algun partido.

—Ya le tengo y le propongo á V. S.

—¿Cuál es?

—Mezclar en las trincheras á los paisanos con los militares: éstos se portarán como quienes son, yo los fio; y cuando el pueblo vea que los independientes disparan sobre él, disparará tambien, aunque no sea más que para defenderse.

—Berzábal, no opino yo del mismo modo.

—¿Lo ve V. S?

—¿Qué he de ver?

—Que nunca encuentra buenas mis proposiciones.

—¡Berzábal! por piedad no se ofenda!

—V. S. me conoce mal, nunca me ofendo porque un superior piense de distinto modo que yo.

—Deje usted á un lado la superioridad y

hablemos como buenos amigos que somos. ¿Usted cree que el pueblo nos secunde de buen grado?

—No, señor intendente, no lo creo: en el de Guanajuato existe cierta predisposicion á secundar la rebelion de D. Miguel. Mis provinciales, mis bravos y muy queridos provinciales, me han dado noticia de haber oido que la plebe estaba resuelta á no disparar sobre los independientes y á pasárseles en la primera ocasion. Anda por ahí un tal Pípila que parece es el agitador de semejantes ideas. Si no hubiese sido por temor de una asonada, ya le hubiera yo colgado de un madero en la mitad de la plaza.

—Algo de eso sabia yo, pero no le he dado crédito.

—Señor intendente,—observó Berzábal con seriedad:—lo dicen mis provinciales y mis provinciales nc saben mentir.

—No niego que merezcan fé; pero bien pueden haberse engañado.

—¿Por qué?

—Porque Pípila es un hombre excelente; pobre, pero honrado y leal.

—Señor intendente, en ciertas ocasiones es una desgracia que los hombres sean buenos.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque V. S. lo es.

—¡Berzábal!

—Sí, lo es, y supone que todos lo son, y en ocasiones como la presente, solo puede acertar quien piense mal de todos.

—Puedo asegurar á usted que Pípila y todo el pueblo de Guanajuato quieren á su intendente.

—Tambien lo creo yo; pero solo á su intendente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que á todos los demás nos aborrecen. V. S. ha sabido ser un padre para su pueblo, inclinándole á ello su carácter particular y la misma naturaleza de su alto puesto.

—Berzábal, no hablemos de mí,—observó con naturalidad el intendente:—¿por qué no han de querer lo mismo á usted?

—Porque si á V. S. lo ven armado de la vara que gobierna y regula, á mí me miran empuñando la espada que castiga. En V. S. ven al español de nacimiento que cumple con

su deber, y en mí al criollo que sirve á sus señores.

—Berzábal, le prohibo que hable así: usted es hijo de español y ha nacido en posesiones españolas, cumple, pues, con su deber.

—Lo sé, señor intendente, y no me asustan habladurías de nadie. Yo entiendo mi obligacion y mi obligacion es defender los derechos del monarca á cuya bandera he jurado fidelidad. Un militar que se respete y sepa serlo, no debe ser un político ni un agitador, lleva las armas para defender el órden no para trastornarlo, y el representante del órden es aquel que gobierna segun las leyes establecidas. Si hubiera de seguir y secundar á todo el que concibe una nueva idea, ó se erige en vengador del pueblo, ó en censor de la autoridad existente, no habria en los reinos paz posible, pues nadie jamás gobierna á gusto de todos, ni puede contentar las ambiciones de todos. El puesto del militar está al lado de aquel que una vez aceptó. Los cambios en las instituciones debe hacerlos la nacion en masa, el pueblo que arma é improvisa ejércitos, no el militar que abusa del poder que se le ha con-

fiado en nombre de una autoridad que él reconoció al aceptarla. Pero así es el mundo y por sus contradicciones se distingue. Se llama ladron al dependiente infiel que abusando de la confianza de su amo, roba su caja y le hace quebrar, y no se llama ladron al militar que roba á su gobierno sus hombres, sus armas y la instruccion que en su manejo le ha proporcionado, y ántes por el contrario, se le titula héroe y se le premia con grados y honores que roba á todos sus compañeros fieles á su bandera. ¡Canallas! si el gobierno á quien servís no os acomoda, dejadle en buen hora pero con todos sus elementos: cread vosotros otros nuevos y probad al ménos así, que si os cegó la avaricia de llegar en pocos dias á los altos grados del ejército, al ménos servireis en ellos para algo más que para afrentar con vuestros mal ganados galones y entorchados á aquellos que, fieles á nuestra bandera y al honor militar, vimos en el servicio de las armas un medio de hacernos acreedores á la gratitud de la patria y no un recurso para medrar y enriquecerse.

Concluyó de hablar Berzábal y Riaño le

tendió sus brazos, latiendo juntos un instante aquellos dos nobles y grandes corazones.

XI

La ciudad de Guanajuato habia cambiado enteramente de aspecto sin haber perdido por ello su animacion: ántes al contrario, suspendidos los trabajos de las minas, toda la multitud de los que vivian de sus labores discurria dentro ó fuera del recinto fortificado, cntreteniendo el ocio en murmurar sobre los sucesos del presente.

—Qué sucederá por fin, ¿llega ó no llega el cura? Sabes algo, Euduwiges?

—¡Quién sabe!—contestó socarronamente el llamado Euduwiges, añadiendo despues: —dicen que hace tres dias entró á Celaya con gran solemnidad.

—¿Y que tal les habrá ido á los guchupines?

—Como en todas partes, ellos han hecho el gasto.

—Quién les manda tener dinero,—obser-

vó un mal encarado á quien llamaban *el roto.*

—¡Es claro!—tiene razon *el roto.*

—No, como el cura entre á Guanajuato, algo me ha de tocar á mí del que aquí abunda.

—¡Y á mí!

—¡Y á mí!

—¿Sí? pues trabajillo os ha de dar el descubrirlo,—observó *el roto.*

—¿Por qué?

—Porque han comenzado los *entierros* y los *emparedados.*

—¡Cómo!

—¡Sí: casi no se encuentra un costal ni de yeso, ni de cal, ni de arena en todo Guanajuato: todo lo han comprado los ricos para tapar los socavones en que han ocultado sus talegas.

—Vaya que ya se encontrarán algunas.

—¿Sabes algo?

—Un cargador que intervino en la faena, me ha dicho que en la tienda del gachupin D. José Posadas hay oculta una gruesa cantidad de dinero en una bodega que da al patio interior.

—¿No vive ese Posadas en la casa de los Alamanes?

—Justamente

—Bien está, no lo echaremos en olvido.

—¿Pero no son criollos los Alamanes?

—Y bien que sí, y castígueme Dios si no son todas unas personas excelentes.

—Lo mismo digo: y vaya que la señora es de lo mejor que yo he conocido, os juro que es más buena que el pan.

—¿Pues quién tiene nada que decir de su hijo el niño Lúcas? ¡qué diez y ocho años tan bien aprovechados! es un real mozo y dicen que tiene mucho talento y que ha de hacer mucho papel. Dicen que da gusto leer las bonitas cosas que escribe.

—¡Con tal que no se pase á los gachupines!

—Pues anda, que no vale ménos D. Gilberto Riaño.

—¿El hijo del intendente?

—El mismo: da gusto verle mandando su avanzada del puente de Nuestra Señora de Guanajuato.

—¡Pobre! quién sabe cómo le vaya!

—¿Y el niño Lúcas Alaman no tomará tambien las armas?

—Dicen que no, pues su señora madre, que apénas hace año y medio que quedó viuda, no quiere separarle de su lado.

—Hace bien, pobrecilla; si él faltase, ¿quién dirigiria, andando el tiempo, su casa de banco?

—¿Qué casa de banco es esa?

—Una de las que en Guanajuato se ocupan en fomentar la minería, adelantando fondos para el beneficio de metales, con un descuento módico en el valor de la plata que en pago reciben.

—Buenas gentes son todos: ¡lástima que tan grandes peligros vayan á correr!

—Pues anda, que el pobre intendente está con un buen cuidado.

—¿Qué cuidado es ese?

—Que su hija Doña Rosita, casada con D. Miguel Septien, tiene muy enfermo al niño que hace poco nació.

—¡Vaya! Dios querrá que se alivie!

—¿Pero en fin, llegan ó no los auxilios que Riaño ha pedido á Calleja?

—Dicen que hoy ha llegado correo de éste,

exhortando al intendente á que se sostenga y ofreciéndole que en toda la próxima semana estará con sus tropas delante de Guanajuato, avisándole anticipadamente su aproximacion.

—¡Pues ahí es nada! En la próxima semana, y estamos hoy á lúnes 24 del mes! Si llega ántes el cura, buena se le aguarda al intendente.

Miéntras esto conversaban las gentes del pueblo, otra muy importante conferencia tenia lugar en casa de Riaño.

—Ya lo ven ustedes,—decia éste:—el brigadier Calleja no podrá auxiliarlos hasta la semana próxima, y segun mis noticias no tardaremos en ser atacados por el cura.

—Ya le haremos esperar,—observó el sargento mayor Berzábal:—no ha de ser todo puñalada de pícaro: haremos lo posible para no rendirnos al primer envite.

—Admiro la fé de usted—repuso el intendente:—solo parece que contamos con un numeroso ejército.

—Siento no abrigar las mismas esperanzas de mi mayor,—dijo á su vez D. Gilberto Riaño, que asistia á la reunion por ser hijo de la

primera autoridad, y militar, pues servia como teniente en el regimiento de línea fijo de México, hallándose en aquellos dias con licencia en la casa paterna.

—¿Tambien usted?—preguntó Berzábal

—Sí, mi mayor; creo que cuanto más se generalice la defensa más riesgo llevamos de perder la plaza.

—¿Cuál es entónces el plan de usted?

—Que abandonemos la ciudad concentrando la defensa y la guarda de los caudales en un edificio fuerte, la Alhóndiga de Granaditas por ejemplo.

—Salva mejor opinion, me parece inaceptable ese plan.

—¿Por qué razon?

—Porque dominada como está la alhóndiga por los cerros del Cuarto y San Miguel, seremos enteramente aplastados.

—Es verdad; pero si ha de defenderse la ciudad ó al ménos el recinto atrincherado, es de toda precision contar con toda la masa de sus habitantes unidos. ¿No lo cree así mi mayor?

—Ciertamente.

—¿Y podemos combatir con tal union?

—Desgraciadamente no.

—Entónces nuestro plan debe reducirse á conservar aquello que se puede defender, para no perderlo todo.

—Lógico es el muchacho,—dijo Berzábal á Riaño, sonriendo por primera vez y tendiendo la mano al jóven.

—Gracias, mi mayor,—contestó con reconocimiento éste.

—Sin embargo, yo no apruebo ese plan: es preciso jugar el todo por el todo: si el cura viene ántes que Calleja, nos perderemos lo mismo en la alhóndiga que en el recinto fortificado.

—Pero quizá podamos sostenernos más tiempo en la alhóndiga.

—¿Qué artillería tenemos prara rechazar un ataque?

—Ya he pensado yo en eso.

—¿Sí? pues entónces sabrá el señor intendente que no tenemos ninguna.

—Se engaña el señor mayor,—contestó con seguridad D. Gilberto.

Berzábal vió al jóven con asombrados ojos

—Tendremos nada ménos que granadas.

—¿Qué dices, Gilberto?—preguntó el intendente con no ménos asombro que el mayor.

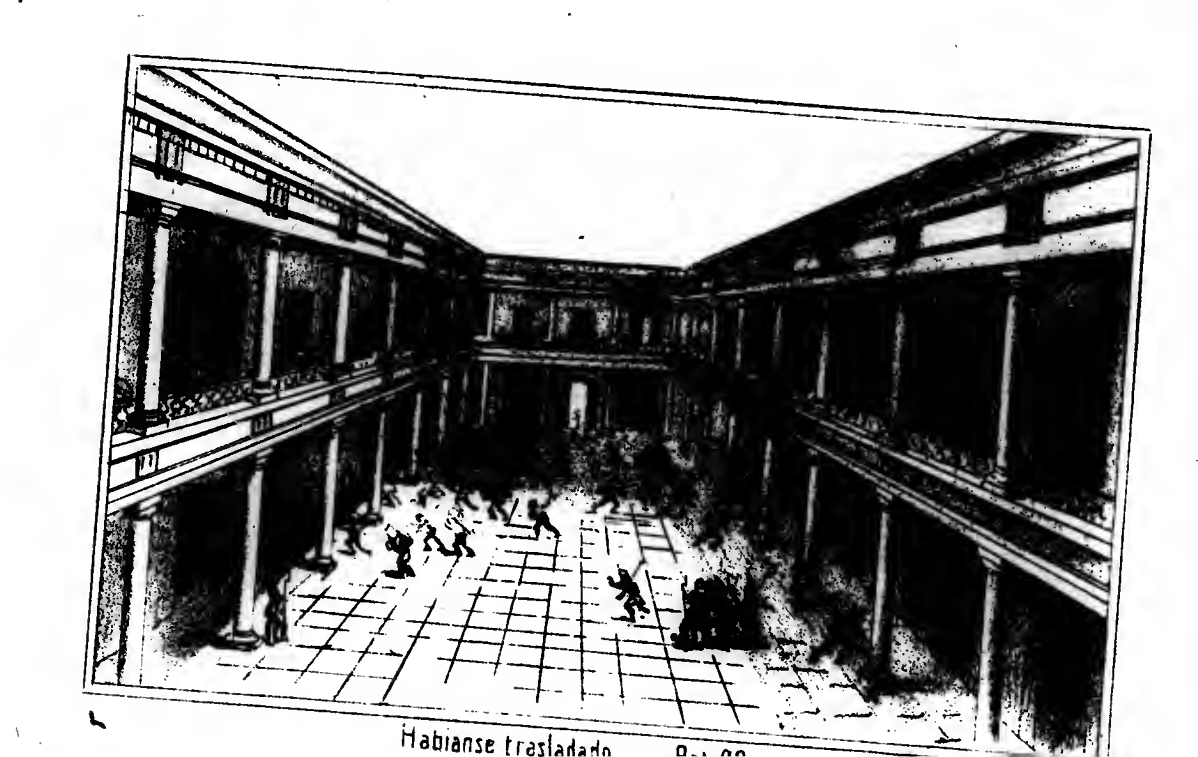
—Sí: disponemos de una gran cantidad de frascos de azogue: esos cilindros de fierro serán nuestras granadas de mano: se les llena de pólvora, se les atornillla la boca, se les abre un pequeño agujero por dónde pase una mecha, se les da fuego al llegar la ocasion, y.... yo respondo del destrozo que causen en los asaltantes.

La invencion de D. Gilberto fué recibida con aclamaciones de entusiasmo: Berzábal y Riaño estaban orgullosos del talento del jóven.

—Yo solicito el honor de trabajar en la improvisacion de esas granadas,—dijo, levantándose, un simpático criollo tan jóven como D. Gilberto.

Llamábase D. José Francisco Valenzuela y era nativo de Irapuato y teniente de la compañía de aquel pueblo.

Por más que el partido de aquellos hombres fuese tan contrario al mio y de seguro al



Habianse trasladado

de muchos de mis lectores, no podemos por ménos de reconocer que eran unos valientes dignos de todo nuestro respeto.

La reunion continuó ya sin incidente alguno que merezca ser referido: la mayoría decidió fortificarse en la alhóndiga, contra el parecer del sargento mayor D. Diego Berzábal.

XII

A la siguiente mañaná, es decir, el 25, la poblacion se enteró con disgusto y sorpresa de lo determinado por el intendente.

Durante la noche habíanse trasladado á la alhóndiga la tropa y paisanos armados, el intendente, los principales vecinos y casi todas las familias de éstos.

Tambien se habian depositado allí el tesoro real, los fondos municipales, y los archivos del gobierno y el ayuntamiento: no tardaron en unírseles los caudales de muchos ricos europeos y criollos, y asombra verdaderamente la riqueza que con tal motivo se acumuló dentro de aquellas paredes.

De las cajas reales se llevaron trescientas nueve barras de plata de valor de mil cien pesos cada una; ciento sesenta mil pesos en moneda tambien de plata, y treinta y dos mil en onzas de oro: de los fondos de la ciudad treinta y ocho mil pesos de las arcas de la provincia y treinta y tres mil de las de cabildo: veinte mil de la minería, catorce mil de la renta de tabacos y mil y pico de la de correos: unidos á esto los caudales de los particulares que se acogieron á la alhóndiga, depositáronse en ella en una noche más de tres millones de pesos. Tal era en aquellos dias la riqueza de una simple ciudad de provincia!

La alarma de los moradores de la poblacion fué indescriptible.

—Las trincheras han sido derribadas y cegados lo fosos—decian.

—Se nos abandona á nuestra propia suerte!

—Se nos lanza á pasarnos al cura ó á ser sus víctimas!

—¡Qué más quieren, llorones!—les dijo Pípila presentándose en el grupo:—les dan reunidos á los principales gachupines de Guanajuato, y aun se quejan?

—Pípila tiene razon: en cuanto se presente el cura nos pasamos á él.

—¡Gracias á Dios que se resolvieron á alguna cosa!

—Ellos mismos se han encerrado en la ratonera.

—Y con un buen cebo para los gatos.

—Dicen que es una maravilla el dinero que allí se ha reunido.

—No será tanto como cuentan.

—Anda, tonto, que si no tienes miedo, tú entrarás á verlo con tus propios ojos.

—¿A verlo? y tambien á cargar con lo que pueda.

—¡Ladrones!—dijo Pípila:—esto es lo único que seduce á ustedes de la revolucion del cura: lo grande de su plan, eso no lo comprenden.

—¿Pues en qué consiste lo grande?

—En abrirles á todos las puertas de la prosperidad, haciéndoles libres para pretender por medio del mérito y del trabajo los altos puestos y dignidades que hoy solo disfrutan los europeos.

—¡El trabajo! el trabajo! este Pípila está loco.

—No, los locos son ustedes.

—¿Te parece poco trabajo el de las minas?

—Es verdad, ¿qué mayor trabajo que este?

—Pero anda, que ya vamos á recoger el producto. Allí está, en la alhóndiga, y hasta acuñado y entalegado.

Los moradores del famoso *palacio del maíz* ocupábanse en tanto de ponerle en estado de defensa y de sostener un sitio que todos conceptuaban no seria largo, fundándose en los ofrecimientos de auxilio hechos por Calleja.

Bajo la direccion de D. Gilberto construyéronse tres trincheras, una al pié de la cuesta de Granaditas, entre el convento de Belen y la hacienda de Dolores; otra en las bocacalles de los Pocitos y subida de los Mandamientos, y la última en la cuesta del rio de la Cata.

En el interior de la alhóndiga amontonáronse en abundancia los comestibles, no faltando ni aun el agua por estar provisto el edificio de un magnífico aljibe: en cuanto á maíz, hallábanse en las trojes nada ménos de cinco mil fanegas, y veinticuatro *molenderas* se em-

plearon en hacer suficiente provision de *tortillas* para los quinientos ó seiscientos hombres que allí se habian reunido.

El ayuntamiento vió con el más grande desagrado la determinacion del intendente, y acordó invitarle á un cabildo extraordinario que se celebraría en la mañana del 25 en las casas consistoriales, con asistencia de los curas, prelados de las religiones y principales vecinos.

Al hacérsele la invitacion, Riaño se excusó, para no salir de la alhóndiga, con las fatigas y cansancio de la noche anterior, y propuso que la conferencia se verificase aquella misma tarde en el edificio de su residencia.

Llegada la noche, se comentaba en los grupos de vecinos la citada reunion, en los siguientes términos:

—La junta de nada ha servido: el intendente se ha mantenido firme en su resolucion.

—Dicen que habló en contra y con grande acopio de razones, el alférez real D. Fernando Perez Marañon.

—Y otros muchos tambien.

—Sobre todo, el regidor D. José María Sep-

tien, que pidió se volviesen las cosas á su primitivo estado.

—Marañon recomendó que regresaran las tropas á sus cuarteles, encomendando á gente de confianza la custodia de la ciudad.

—Se dijo que si no se procuraba restablecer la confianza pública, la plebe se entregaria á toda clase de excesos.

—¿Y qué contestó Riaño?

—Que por ningun motivo saldria de la alhóndiga; que en ella considera seguros los caudales reales que es su obligacion custodiar; que la tropa ha de permanecer en aquel lugar y que cada cual que no quiera unírsele, se defienda como pueda del chubasco.

—Ya lo oyen ustedes,—decíales Pípila á varios individuos,—los señores y los gachupines quieren defenderse solos, dejándonos abandonados al enemigo.

—Y bien, ¿qué hemos de hacer?

—Pues la cosa es clara: ántes que perecer á sus manos, unirnos á ellos.

—Mejor seria atacar esta misma noche la alhóndiga, apoderarnos del dinero y colgar al intendente del pescuezo.

—¡Canalla!—gritó Pípila arrojándose como un tigre sobre el que habia pronunciado lo anterior.

—¡Ah! maldecido!—gritó á su vez el atacado dando un salto atrás y blandiendo un enorme machete;—hablas y hablas y estabas vendido al intendente.

Pípila volvió á saltar sobre su presa, que con todo y machete vino al suelo, quedando debajo del Hércules, quien en un dos por tres le ahogó, no dejando de oprimirle el cuello, hasta que hubo dado las últimas boqueadas.

—Amigos,—dijo despues levantándose y poniéndole un pié sobre el pecho:—cualquiera que se atreva á decir ó pensar algo como lo que á ese hombre ha costado la vida, morirá como él á mis manos. El intendente es sagrado, escúchenlo bien. Allí están en la alhóndiga la plata y los gachupines, hagan de la una y de los otros lo que mejor les acomode; pero quien toque al pelo de la ropa al intendente, juro á Dios que le he de partir á patadas la cabeza. Y ahora, los que han escuchado á este hombre sin escupirle á la cara,

póngase en seguida á abrirle una fosa para que no apeste, y de buena gana y de prisa, si no quieren probar á lo que saben los puños de Pípila.

El extraño personaje fué, segun lo deseaba, obedecido.

XIII

Vendido Pípila por los mismos que habian temblado ante sus amenazas y ejecutado sumisos sus órdenes, fué á los dos dias aprehendido por una patrulla que le condujo á presencia del intendente, y como ante éste llegase con las manos atadas á la espalda y el sombrero ancho puesto, ántes que nadie hubiese pronunciado una palabra, díjole:

—Señor intendente, mande V. S. que me desaten para poder quitarme el sombrerote y saludarle como se merece.

—¡Desátenle!—ordenó el intendente.

Y como los soldados dudasen en obedecer,

—¡Desátenle!—repitió;—Pípila no necesita estar atado para ser mi prisionero.

—¡Desátenme!—dijo Pípila á su vez:—V. S. me conoce bien.

Los soldados obedecieron al fin.

—Gracias, señor intendente,—dijo Pípila, añadiendo despues:—me han traido aquí por haber ahogado á un hombre que se atrevió á hablar mal de V. S.: hice mal puesto que yo no era el ofendido; pero hecho está, no tiene remedio, y no me arrepiento. Venga el castigo.

—Déjenme solo con Pípila—dijo el intendente con tan imperioso acento, que todos se apresuraron á obedecer.

Cuando estuvieron solos, preguntó el intendente:

—¿Has dicho que un hombre habló mal de mí?

—Sí, señor; pero no volverá á repetirlo.

—Y ¿qué dijo?

—Señor, ¿para que quiere V. S. saberlo?

—Repítelo, te lo ruego.

—Pero.... si....

—Repítelo.

—¡Vaya!—observó Pípila con entereza;—pues digo que no lo repito.

—¡Pípila!

—Que no, señor; que no lo repito!

—¿Me obligarás á emplear la violencia?—preguntó irritado el intendente.

—Emplee V. S. lo que guste, pero no lo repito.

—¿Por qué?

—Porque yo soy más justo que V. S., y si maté á ese hombre por decir lo que dijo, tendria que matarme á mí mismo por repetirlo, y los soldados de V. S. me han dejado sin arma alguna para el caso.

Riaño no pudo disimular la emocion que le causó tal respuesta, y levantándose apresuradamente, dió una vuelta al salon á grandes pasos.

—¡Pípila! yo deseo saber en qué disposicion de ánimo se encuentra el pueblo de Guanajuato.

—Respecto á V. S., excelente.

—¿Excelente?

—Sí, señor.

—¿Podré entónces contar con él para la defensa de la ciudad?

Pípila guardó silencio.

—¿No respondes? Contesta: ¿puedo contar con él?

—Pues con franqueza....

—¡Acaba!

—No, señor.

Riaño se sorprendió como si le tomase de nuevo la noticia.

—El cura os ha enviado sus agentes, ¿no es cierto?

—No, señor, no lo es.

—Entónces....

—Con franqueza, señor intendente, con excepcion de V. S., todos los españoles son aborrecidos por el pueblo.

—Pero ¿por qué razon?

—No es fácil decirla, pero los aborrecen.

—¿Y tú?

—¡Señor!.....

—Habla, te lo ruego.

—Yo tampoco quiero á nadie que sea distinto de V. S.

—¿Con nadie puedo entónces contar?

—Con Pípila, siempre.

—¿Y con todos los tuyos tambien?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque á todos les seduce la idea del saqueo y del pillaje, y á nadie seguirán que se los impida.

—Pero entónces nada agradece mi buen pueblo de Guanajuato.

—¡Lo dice V. S. por el bando publicado con tanta solemnidad en la mañana de hoy aboliendo el pago de tributos?

—Justamente.

—Jamás han aconsejado á V. S. cosa más contraproducente.

—¡Pípila!

—Señor, yo hablo á V. S. con franqueza: si así no le agrada, mándeme callar y cerraré mi boca.

—¿Pues qué dice el pueblo?

—Dice que el tal bando no es más que una concesion del miedo.

—¡Miedo yo!

—Yo bien sé que V. S. á nada le tiene miedo; pero eso dicen del bando.

—¿Y que más añaden?

—Que mucho deben valer los ejércitos del cura, cuando su sola proximidad hace dictar

una concesion que, aunque otorgada por la Regencia desde 26 de Mayo, no se habia llevado á efecto hasta hoy en esta Nueva España.

—¡Oh justicia de los sucesos! La falta de oportunidad en los momentos de una revolucion, da á las más benéficas disposiciones un resultado enteramente opuesto al que se desea.

—Señor intendente,—dijo Pípila con acento cortado y sin atreverse á fijar los ojos en su interlocutor,—¿me permite V. S. meterme en lo que no me llaman y darle un consejo?

—¡Venga el consejo!—contestó Riaño.

—V. S. no debe intentar sostenerse en Guanajuato.

—¡Pípila!

—No se ofenda V. S., que no hay motivo para ello.

—Continúa.

—V. S. es un valiente, se ha fogueado lindamente en Argel, la Florida y Panzacola, pero ha combatido con enemigos francos y que luchaban frente á frente y segun las artes de la guerra.

—¿Y qué?

—Que la lucha que va á sostener V. S. en la presente ocasion le es enteramente desconocida. Nosotros no tenemos ejército ni conocemos las leyes de la guerra.

—¡Nosotros dices! luego tú tambien....

—¿A qué negarlo, señor? estoy en las manos de V. S. que puede mandar quitarme la vida, y no obstante le hablo como le hablo: esto abona mi sinceridad, y debe creerme. Si V. S. no estuviese de por medio, Pípila ya habria atacado la alhóndiga.

—Pípila, ¡abusas de mi prudencia!

—¡Qué tan grande idea no tendré de V. S. que me atrevo á hacerlo!

—Habla, pues, pero sé breve. ¿A quién debo temer más?

—A la plebe de Guanajuato: odia á los europeos poseedores de la mayor riqueza de la poblacion, y el ejemplo de lo sucedido en San Miguel y Celaya la tiene predispuesta al pillaje y al saqueo. Ella será la primera en atacar la alhóndiga si persiste V. S. en defenderse en ella.

—¿Debo entónces generalizar la defensa?

—Ya me permití decir á V. S. que no.

—¿Entónces?....

—V. S. debe salir inmediatamente con la tropa y caudales para San Luis.

—¡Pípila! Huir yo....

—Huir, no; retirarse: esta es la palabra.

—¡Jamás!

—Vea V. S. que le aconsejo en contra del interes de los criollos, que es el mio.

—Nunca, Pípila: tengo la conviccion de que son cortos los dias que me quedan de vida: una voz interior me dice que voy á morir; mas quiero luchar contra el destino, quiero sucumbir ante la fatalidad, pero sin retroceder ni un solo paso. Yo no debo abandonar á Guanajuato. Riaño no dará prestigio al cura huyendo ante sus huestes. Además, mis elementos no son tan escasos como quizás se supone: puedo sostenerme en la alhóndiga lo bastante para dar tiempo al brigadier Calleja de llegar en mi socorro. Una vez más voy á avisarle mi angustiosa situacion.

—Seria inútil.

—¿Por qué?

—Porque desde anoche han comenzado los habitantes de Guanajuato á desbandarse

en grupos por los caminos que le rodean, y los correos de V. S. no llegarán á su destino.

—Y bien,—observó el intendente,—no importa: yo haré llegar al brigadier Calleja un nuevo correo.

—Imposible, señor.

—No, Pípila, no es imposible, mi correo pasará.

—¿Por qué lo asegura. V. S?

—Porque mi correo lo serás tú.

—¡Yo!—dijo Pípila, retrocediendo asombrado.

—Tú, sí, tú, yo te fio á tí mismo.

—¡Señor! vea V. S. lo que exige de mí!

—¿Te resistes á ello? está bien,—repuso el intendente con semblante airado; y haciendo sonar una campanilla, ordenó imperiosamente al soldado que se presentó en la puerta:—que venga en el acto un oficial con doce hombres!

—Lo estoy viendo y no lo creo—dijo Pípila para sí:—va á mandar fusilarme: es un gachupin como otro cualquiera.

El oficial se presentó haciendo detener á la puerta á sus doce soldados: el intendente, de-

mostrando en su voz su irritacion cada vez más ilimitada, dijo:

—Señor oficial, escolte usted á Pípila hasta la trinchera de la calle de los Pocitos, y allí, entiéndalo bien pues con la vida me responde, déjele usted en absoluta libertad.

Pípila sintió no sé qué golpe en el corazon ante proceder tan generoso, y reponiéndose, observó con la más natural serenidad:

—Perdone V. S., pero aun no me ha entregado el pliego que debo conducir á su destino.

Riaño comprendió la mutacion operada en el ánimo de Pípila, y sentándose á una mesa escribió:

"Sr. brigadier D. Félix María Calleja.—
"Aquí cunde la seduccion, faltó la seguridad,
"faltó la confianza, yo me he fortificado en
"el paraje de la ciudad más idóneo, y pelea-
"ré hasta morir si no me dejan con los qui-
"nientos hombres que tengo á mi lado. Ten-
"go poca pólvora, porque no la hay absolu-
"tamente, y la caballería mal montada y ar-
"mada sin otra arma que espadas de vidrio

"por lo frágiles, y la infantería con fusiles re-
"mendados, no siendo imposible que estas
"tropas sean seducidas: tengo á los insurgen-
"tes sobre mi cabeza; los víveres están impedi-
"dos; los correos interceptados. El Sr. Abar-
"ca trabaja con toda actividad, y V. S. y él de
"acuerdo vuelen á mi socorro, porque temo
"ser atacado de un momento á otro. No soy
"mas largo, porque desde el 17 no descanso
"ni me desnudo, y hace tres dias que no
"duermo una hora seguida. Guanajuato, 26
"de Setiembre de 1810."

Riaño cerró el pliego, y entregándole á Pípita, díjole aparte:

—Toma, y adios, hasta la eternidad!

Pípila, al tomar el papel, besó rápidamente la mano que se le entregaba, diciendo para sí:

—¡Como él deben haber sido los santos!

Al salir Pípila de la habitacion se cruzó con D. Diego Berzábal, que casi sin fijarse en él, se dirigió al intendente.

—¿Qué ocurre, señor mayor?

—Nada que no pueda esperarse.

—¿Qué es ello?

—Que el desaliento cunde en los europeos, muchos de los cuales han abandonado la ciudad dirigiéndose á Guadalajara.

—Déjelo usted: mejor que mejor, así tendremos ménos compatriotas á quienes defender. ¿Cuándo nos batimos con Hidalgo?

—¡Vaya V. S. á saberlo!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que las avanzadas de europeos situadas en los caminos de Santa Rosa y Villalpando, han huido tambien á Guadalajara dejando desamparados aquellos puntos.

—¡Vaya por Dios! cuantos ménos seamos á defendernos, más heróica será nuestra muerte.

XIV

A media tarde del dia 27, Riaño y Berzábal dispusieron pasar *muestra* ó revista que hoy decimos, á sus tropas: dejando una corta guarnicion en la alhóndiga, las fuerzas del intendente comenzaron á salir por la puerta principal que estaba al Norte, y era ya la úni-

ca practicable, pues la de Oriente habia sido tapiada por dentro con una gruesa pared de adobes.

Ya en la plaza, formaron en batalla las cuatro compañías del batallon provincial de infantería, mandadas por el capitan de la primera D. Manuel de la Escalera, por enfermedad del teniente coronel Quintana, con licencia en Leon: otra formada por los paisanos armados, casi todos europeos, y por último, otras dos del regimiento de caballería del príncipe venidas de Irapuato y Silao, mandadas por el capitan D. José Castillo, en total quinientos hombres malamente armados, una cuarta parte de ellos sin instruccion militar de ningun género.

Atraida por los ecos marciales de las cajas y clarines, una porcion de los moradores de la ciudad, ya muy diezmada por haber huido muchos de ellos á los cerros comarcanos, acudió á la plaza á presenciar la revista.

La contemplacion de tan reducido ejército inspiró á la plebe, ya declaradamente hostil, las burlas y los chistes más sangrientos.

—¡Se necesita ser muy cobarde para no

sentirse uno entusiasmado con ejército tàn poderoso!

—Parecen muchachos de escuela jugando al ejercicio.

—¿Lo dices por la compañía de los comerciantes?

—¡Oh! lo que es esos han de ser invencibles.

—¿Por qué?

—Porque acostumbrados á despellejar á los *marchantes*, si tratan á Hidalgo como á tal no habrán de dejarle hueso sano.

—Sí, pero acostumbrados tambien á sisar al comprador una tercia en vara y cuatro onzas en libra, serán capaces de cogerse la mitad del cartucho, y las balas no llegarán al enemigo.

—Si no es que tomando las trincheras por mostrador, reciben á los insurgentes ofreciéndoles á buen precio chaconada de la China ó chilitos en vinagre.

—Oye tú, ¿y por qué llamas "insurgentes" á nuestros amigos?

—¡Toma! porque dicen que así los llama el virey Venegas.

—¿Y de dónde ha sacado ese nombre?

—De que así llaman los franceses á los españoles que se han levantado contra ellos en la península.

—Y á los suyos ¿qué nombre les ha puesto?

—El de "realistas," pues pelean por la prolongacion del gobierno de su monarca en las Américas.

—¡Mira! mira!—dijo un individuo del pueblo volviendo á llamar la atencion sobre las tropas del intendente:—mira qué satisfecho recorre el sargento mayor D. Diego Berzábal su *poderasa* línea de batalla.

—Si estos gachupines son más orgullosos que D. Diego en la horca.

—Sin duda se está creyendo un nuevo Hernan Cortés.

—Por el número de sus soldados bien pudiera créerselo.

—Sí, pero no por la clase.

—Aquello sucedió una vez, pero no volverá á repetirse.

—¿Qué significa ese toque?

—Que concluyó la revista y que regresan á su castillo del *palacio del maiz.*

—Y de la plata: dicen que hay en la alhóndiga veinte millones de pesos.

—No, sino tres; pero lo bastante para que se saque más de dar una vuelta por allí que dos por la plaza.

—Lo que es yo, juro que he de darla.

—Y yo tambien.

—Lo que tiene es que no hay que dormirse, porque segun cuentan, los indios de Hidalgo arrebatan con todo.

—Pues no ha de ser lo mismo en Guanajuato: bueno fuera que despues de haber tenido nosotros el trabajo de sacar la plata de las entrañas de la tierra, fuéramos á abandonársela acuñada á los de afuera.

—Vaya, retirémonos, la revista ha concluido entrando las tropas en la alhóndiga.

—Es decir, que ya están los gatos en acecho.

—Sí, pero en esta ocasion somos más los ratones que los gatos.

—Pues hasta que venga el cura.

—Hasta que venga.

—Adios!

—Adios!

—Hasta más ver!

La gran mayoría de los que formaban el grupo de curiosos se disolvió pronunciadas aquellas últimas frases, pero algunos detuviéronse prolongando el diálogo de la siguiente manera:

—¿Por fin ha vuelto Pípila?

—Sí, yo he hablado con él.

—¿Y se ha vendido al intendente?

—Nada de eso: continúa del lado de los insurgentes.

—¿Pero qué noticias trae de ellos?

—Que se encuentran á cinco leguas de Guanajuato.

—¿Tan cerca?

—Sí, en la hacienda de Burras.

—Y bien, ¿qué hacemos entónces?

—Yo os aconsejo que me sigais.

—¿Pero á dónde?

—Al cerro del Cuarto que está cubierto de casas que dominan la alhóndiga.

—¿Pero qué vamos á hacer allí?

—Unirnos con la gente de la mina de la Valenciana, cuyo administrador, D. Casimiro

Chovell, está de acuerdo con el cura para ayudarle cuando llegue la ocasion.

—Pues vamos allá.

—Vamos.

XV

Riaño no quedó muy satisfecho de la importancia de las fuerzas militares á sus órdenes; pero no siendo su intencion atacar, una vez más concibió la esperanza de que podria defenderse dando tiempo á la llegada de los auxilios del brigadier Calleja.

A las nueve de la mañana del siguiente dia, viérnes 28 de Setiembre de 1810, el destacamento situado en la trinchera de la calle de Belen, al pié de la cuesta de Mendizábal, avisó que dos parlamentarios de D. Miguel Hidalgo pedian permiso para tratar con el intendente y entregarle ciertos pliegos.

Los comisionados eran los coroneles D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo.

Riaño contestó que esperasen miéntras consultaba con los demás jefes, y con tal respues-

ta, Abasolo regresó á encontrar al cura dejando todos sus poderes á Camargo.

Este fué introducido en la alhóndiga, vendados los ojos y con las demás precauciones propias del caso, y puso en manos del intendente dos pliegos cuyo texto copio á continuacion:

"Cuartel general en la hacienda de Bur-
"ras, 28 de Setiembre de 1810.

"El numeroso ejército que mando, me eli-
"gió por capitan general y protector de la na-
"cion en los campos de Celaya. La misma
"ciudad, á presencia de cincuenta mil hom-
"bres, ratificó esta eleccion, que han hecho
"todos los lugares por donde he pasado: lo
"que dará á conocer á V. S. que estoy legí-
"timamente autorizado por mi nacion para los
"proyectos benéficos que me han parecido
"necesarios á su favor.

"Estos son igualmente útiles á los ameri-
"canos y á los europeos que se han hecho
"ánimo de residir en este reino, y se reducen
"á proclamar la independencia y libertad de
"la nacion; de consiguiente, yo no veo á los

"europeos como enemigos, sino solamente
"como á un obstáculo que embaraza el buen
"éxito de nuestra empresa.

"V. S. se servirá manifestar estas ideas á
"los europeos que se han reunido en esa al-
"hóndiga, para que resuelvan si se declaran
"por enemigos, ó convienen en quedar en
"calidad de prisioneros, recibiendo un trato
"humano y benigno, como lo están experi-
"mentando los que traemos en nuestra com-
"pañía, hasta que se consiga la insinuada
"libertad é independencia, en cuyo caso en-
"trarán en la clase de ciudadanos, quedando
"con derecho á que se les restituyan los bie-
"nes de que por ahora, para las urgencias de
"la nacion, nos servimos.

"Si, por el contrario, no accedieren á esta
"solicitud, aplicaré todas las fuerzas y ardi-
"des para destruirlos, sin que les quede espe-
"ranza de cuartel.

"Dios guarde á V. S. muchos años, como
"desea su atento servidor,

"*Miguel Hidalgo y Costilla,*
"Capitan general de América."

El segundo pliego contenia la siguiente car-
ta amistosa para Riaño:

"Sr. D. Juan Antonio Riaño.

"Cuartel de Burras, Setiembre 28 de 181(

"Muy señor mio:

"La estimacion que siempre he manifesta-
"do á Vd. es sincera, y la creo debida á la
"grandes cualidades que le adornan.

"La diferencia en el modo de pensar no l
"debe disminuir. Vd. seguirá lo que le pa
"rezca más justo y prudente, sin que est
"acarree perjuicio á su familia.

"Nos batiremos como enemigos si así s
"determinare; pero desde hoy ofrezco á l
"señora intendenta un asilo y proteccion de
"cidida en cualquier lugar que elija para s
"residencia, en atencion á las enfermedade
"que padece.

"Esta oferta no nace de temor; sino de un
"sensibilidad de que no puedo desprenderme

"Dios guarde á Vd. muchos años, como
" desea su atento servidor,

"Q. S. M. B.

"*Miguel Hidalgo y Costilla.*

"En la hacienda de Burras, á 28 de Setiem-
" bre de 1810."

Riaño no pudo disimular su emocion al enterarse de la carta que he trascrito.

Camargo se dirigió á él y le tendió la mano que el intendente oprimió con afecto, á la vez que le decia:

—¡Imposible, coronel, imposible!

—¿Ni por la señora?

—Ni por ella, ni por mis hijos.

—Señor....

—Camargo, abrace usted en mi nombre al cura, y.... gracias!.... muchas gracias!

Berzábal miéntras tanto, por órden del intendente, habia hecho formar en las azoteas del edificio, y separadamente, á los europeos armados y al batallon provincial.

Riaño se presentó ante sus filas y con voz

segura y reposada dió lectura á la intimacion de Hidalgo, diciendo despues:

—Ya lo saben ustedes: ¿cuál es su resolucion?

Durante unos momentos, toda aquella masa de gente permaneció muda y sin inmutarse ni moverse.

Habia pasado sobre ellos la muerte, derribando con el viento de las alas que cubren toda la extension de lo creado, la columna de su vida, el pedestal de su libertad, la base de sus intereses.

Disponíase Riaño á repetir su pregunta, cuando D. Bernardo del Castillo, capitan de la compañía de vecinos, dando dos pasos al frente, dijo con no reprimida indignacion:

—Señor intendente: ningun crímen hemos cometido para que se nos quiera someter á perder libertad y bienes. Para defender una y otros, nos resolvemos á pelear hasta morir ó vencer.

—¡Sí, hasta morir ó vencer!—repitieron con entusiasmo los comerciantes y vecinos.

—Y mis hijos del batallon,—dijo entónces el intendente dirigiéndose á éste,—¿podré du-

dar si están resueltos á cumplir con su deber?

Una aclamacion unánime, resuelta, conmovedora partió de todos y cada uno de los trescientos soldados del batallon provincial, que repitieron:

—¡Viva el rey!!!

Riaño tomó pluma y papel, y sobre una mesa de campaña escribió unas cuantas líneas, y levantándose y descubriendo su cabeza leyó en voz alta:

"Sr. cura del pueblo de los Dolores, D. Miguel Hidalgo.

"No reconozco otra autoridad ni me cons-"ta que haya establecido, ni otro Capitan "General en el reino de la Nueva España, "que el Exmo. Sr. D. Francisco Xavier de "Venegas, Virey de ella, ni mas legítimas re-"formas, que aquellas que acuerde la Nacion "entera en las Cortes generales que vân á "verificarse. Mi deber es pelear, como solda-"do, cuyo noble sentimiento anima á cuan-"tos me rodean.

"Guanajuato, 28 de Setiembre de 1810.

"Juan Antonio de Riaño."

Vecinos y soldados repitieron á una voz:

—¡Viva el rey!!!

El intendente volvió de nuevo á la habitacion en que el coronel Camargo le aguardaba, y puso en sus manos las líneas que acababa de escribir.

—¡Lástima de valientes!—exclamó el enviado del cura, y despues preguntó: ¿qué contesto al general por lo que á usted respecta?

—Que con toda el alma agradezco su oferta, y que no obstante mis contrarias opiniones, la admitiré si fuese necesario,—y tomando papel y pluma escribió la siguiente carta que entregó á Camargo:

"Sr. cura D. Miguel Hidalgo.

"Muy Sr. mio: no es incompatible el "ejercicio de las armas con la sensibilidad: "esta exije de mi corazon la debida gratitud "á las expresiones de Vd. en beneficio de "mi familia, cuya suerte no me perturba en "la presente ocasion.

"Dios guarde á Vd. muchos años.

"Guanajuato, 28 de Setiembre de 1810.

"*Riaño.*"

El coronel Camargo salió de la alhóndiga con las mismas formalidades con que entró en ella, y ya fuera de trincheras dijo para sí:

—Necesario es que este hombre caiga vivo en nuestro poder: la conservacion de su existencia será una honra para nuestro ejército.

Cuando Riaño se vió solo, trazó en un papel las siguentes palabras, entregándole á un emisario de su confianza:

"Señor brigadier D. Félix María Calleja:
"Voy á pelear, porque voy á ser atacado en
"este instante: resistiré cuanto pueda porque
"soy honrado: vuele V. S. á mi socorro....
"á mi socorro.

"Guanajuato, 28 de Setiembre á las once de la mañana.

"*Riaño.*"

Despues dijo en voz alta como si álguien le escuchase:

—Cumplí ya con lo que debo á Dios, preparándome á morir como cristiano: cumplamos, muriendo, con lo que debo al rey.

XVI

Resuelta á defenderse la guarnicion de la alhóndiga, Berzábal y Riaño acordaron su plan distribuyendo convenientemente la fuerza.

D. Gilberto, el hijo del intendente, recibió la comision de defender con un destacamento de provinciales la trinchera situada al pié de la cuesta de Mendizábal, tocándole á él romper el fuego contra las avanzadas insurgentes.

Medio dia iba á ser cuando un grupo numeroso de indios armados de fusiles, hondas, flechas y lanzas, se presentó en la calzada de Nuestra Señora de Guanajuato, y pasando resueltamente el puente del mismo nombre, llegó al pié de la trinchera; como no se detuviesen al marcárseles el alto, el destacamento hizo fuego matando á varios y haciendo huir precipitadamente á los demás. Un instante despues volvió á presentarse la avanzada, pero no ya sola, sino seguida por una verdadera muchedumbre de más de veinte mil indios, que conservándose á buena distancia de la trinchera, entraron lentamente en la pobla-

cion, yendo á ocupar todas las alturas y azoteas próximas á la alhóndiga: un cuarto de hora más tarde, D. Miguel Hidalgo, á la cabeza de los cuerpos de caballería, formados por más de dos mil hombres, apareció en el llano de "las Carreras," y descendió á la ciudad seguido del resto de su ejército, que empleó largo tiempo en acabar de desfilar y tomar las posiciones á que fué guiado por los mismos guanajuatenses, ya en su mayor parte unidos á las tropas independientes: á su paso éstas por la cárcel pública, dieron libertad á cerça de cuatrocientos criminales y detenidos, á quienes obligaron á marchar á la vanguardia.

Las alturas próximas á la alhóndiga veíanse coronadas por una multitud que parecia esperar la señal del ataque para dejarse caer sobre el edificio: ésta sonó al fin, y la gritería de los indics subió imponente á los aires, que eran á la vez sulcados por una tupida granizada de piedras, disparadas contra las tropas y vecinos situados en la azotea del *palacio del maíz.* Las casas próximas á éste fueron ocupadas por los soldados del regimiento de Celaya armados de fusiles.

Al mismo tiempo las trincheras eran atacadas con encarnizamiento por los asaltantes, siendo la que en mayor peligro se encontraba la de la calle de los Pocitos, al mando del capitan español D. Pedro Telmo Primo.

Riaño, que todo lo observaba, tomó de la reserva veinte paisanos armados, y queriendo estimularlos con su valor, él mismo los fué á situar en el punto en que más parecia cargar el grueso de los enemigos. Felizmente llevada á término la difícil é imprudente operacion, Riaño regresó á la alhóndiga entre un diluvio de piedras, cuando al ir á poner el pié en el primer escalon de acceso á la puerta del edificio y en el instante en que volvia la cabeza para dar una órden á su ayudante D. José María Bustamante, una bala disparada por un cabo del regimiento de Celaya, desde una casa no muy distante, vino á herirle en la frente sobre el ojo izquierdo, produciéndole una muerte instantánea.

Si ya no hubiese comenzado el ataque, los defensores de la alhóndiga no habrian opuesto resistencia alguna al enemigo: tal fué el efecto que en todos produjo la vista del cadá-

ver del intendente conducido en hombros por su pálido y lloroso ayudante. La confusion en tales momentos fué espantosa en el interior del edificio: habia muerto no solo un hom bre querido, valiente y magnánimo, sino el alma de los sitiados, su organizador y general en jefe. Solo las tropas de la azotea mantenian el fuego con heróico valor entre la lluvia de piedras arrojadas por los honderos, á quienes surtia en abundancia de ellas la plebe de Guanajuato, bajando á cogerlas al lecho del rio de la Cata.

En aquellos supremos instantes, nadie sin embargo se atrevió á hablar de rendicion, si no fué el asesor de la intendencia D. Manuel Perez Valdés, que quiso asumir el mando como sucesor accidental del propietario.

Pero allí estaba D. Diego Berzábal, que echando fuego por los ojos, increpó la cobardía de Valdés, haciéndose cargo de la autoridad vacante como oficial veterano de mayor graduacion en campaña: en su virtud, y una vez que tomó el mando, secundado por el elemento militar, dió órden de recogerse al interior de la alhóndiga á los desta-

camentos próximos á sucumbir al número en las avanzadas. Imposible describir la escena á que dió márgen el encuentro de D. Gilberto Riaño con el cadáver de su padre: su desesperacion le entregó en lo absoluto al deseo de venganza, y comenzó á luchar de nuevo con esa cólera sublime que Homero cantó en Aquiles irritado contra el valeroso Héctor.

Cada vez que con certera puntería hacia rodar de las alturas el cuerpo de un sitiador,

—¡Miserable!—gritaba:—por qué no está á tu lado tu hijo para verle retorcerse con el dolor que me está asesinando á mí!

Y multiplicándose con la fuerza creadora de víctimas de su rencor sangriento, hallábase en todo lugar en que el peligro era mayor y más probable dar muerte á un enemigo, y á los suyos, si eran más fuertes, emulaba, y si más débiles, increpaba con maldiciones terribles.

La retirada de las tropas de las trincheras dejó á la multitud de los asaltantes libre acceso hasta las macizas paredes de la alhóndiga, y por las ya indefensas calles derramóse con la violencia del torrente que arrolla el

obstáculo en que se estrellaba: los combatientes avanzaban, sin poder resistirse al empuje de las masas que les seguian descendiendo de las alturas y azoteas; y al llegar al edificio, contra él eran aplastados en confusion tremenda, sin espacio para retroceder ni combatir.

—¡Las granadas!—gritó entónces D. Gilberto tomando en sus manos los primeros frascos de azogue por él convertidos en mortíferas armas.

—¡Allá van!—dijo prendiéndoles las mechas y arrojándolos por las ventanas.

Un instante despues las granadas estallaron, dando la muerte cada una á cien personas á la vez: las mujeres y los niños surtian sin cesar á los sitiados de los tremendos proyectiles que abrian claros inmensos en todo el contorno del edificio, á cada explosion sofocada por los lamentos de los heridos; pero aquellos claros cubríanse inmediatamente con nuevos asaltantes, que rugian como ruge el huracan al pié de las encinas que se propone derribar; como ruge en mitad de los mares, al combatir con las montañas de las olas que en gigantesca cordillera abren los profundos

abismos en que se sepulta cada año la mitad de la humanidad navegante y dos terceras partes del comercio entre ambos mundos. Otro mar de combatientes se agitaba en revuelto oleaje de cabezas en torno del *palacio del maíz*, que como el Sinaí, vomitaba centellas y truenos y como el arca de Noé pretendia al flotar poner en salvo las tradiciones de los siglos, silbadas por los desencadenados vientos de las nacientes conquistas. Las escenas de este combate de dos titanes, formado uno por un centenar de hombres incrustados en un cuadrilátero de piedras, formado el otro por la cólera de veinte mil asaltantes; las escenas de este combate, repito, solo tenian alguna variacion en la cuesta del rio de la Cata, en la cual el regimiento de caballería del Príncipe, acosado por la muchedumbre, abríase la puerta de otra vida mejor vendiendo caras las de sus soldados: muerto su capitan Castillo, tomó el mando D. José Francisco Valenzuela, teniente y natural de Irapuato, y arrancado del caballo por las lanzas de los que le cercaban, "Viva España," gritó y desapareció como grano de arena que traga

el mar, bajando, sin ser polvo todavía, á servir de alfombra á los piés de sus vencedores.

Las horas trascurrian y los dos titanes continuaban combatiendo y la muerte se cebaba en el uno y en el otro, y la masa de los muertos al derredor de la alhóndiga habria alzado el piso de la plaza medio cuerpo de hombre.

—¡Esto es horrible!—dijo D. Miguel Hidalgo apareciendo con su estado mayor.

—Si la lucha se prolonga—observó Allende,—quedaremos al fin sin un soldado.

—¡Heroismo admirable!—repuso Hidalgo: —salvas las opiniones distintas de unos y otros combatientes, juro á usted que tan honrado me creeria siendo jefe de los de adentro como de los de afuera. Créalo usted, muchos años pasarán ántes de que desaparezcan las pasiones que acabamos de despertar; pero cuando el criterio recto sobrevenga, dirán los historiadores que el combate de la alhóndiga ha sido una hoja arrancada de los poemas épicos de la antigüedad.

—Pero es necesario poner un término á esta lucha.

—Le pondremos; nuestros indios se han

cégado y mueren no por la victoria sino por la venganza.

Los sitiados miéntras tanto combatian cada vez más sin órden ni concierto alguno; la autoridad de D. Diego Berzábal ya no era por nadie reconocida; D. Gilberto Riaño luchaba por su cuenta, herido por el dolor de la muerte de su padre: las mujeres, exaltadas á la vista de la sangre y ante el clamor de los moribundos, obligaban al asesor D. Manuel Perez Valdés á enarbolar bandera blanca; pero como Berzábal, D. Gilberto y las tropas seguian disparando sobre la multitud, achacándolo ésta á felonía, renovaba con furor el asalto.

Valdés hizo entónces descolgar por una ventana á un soldado que fuera á tratar de parlamento; pero apénas comenzaba á descender, cuando vino á tierra acribillado de mortales heridas: quiso seguirle el padre D. Martin Septien, y así lo hizo, vistiendo su trage sacerdotal y enarbolando en señal de paz un crucifijo de buen tamaño: la imágen saltó hecha pedazos, y el sacerdote, al llegar herido pero con vida al suelo, hubo de defenderse y salvarse al fin, arremetiendo á golpes

terribles con el árbol de la cruz que le habia quedado.

Hidalgo, que nada de esto podia saber por hallarse frente á otra fachada de la alhóndiga, gritó de súbito con fuerte voz á uno de sus soldados, ya conocido para mis lectores:

—¡Pípila! la Patria necesita de tu valor. ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la alhóndiga?

Inmediatamente que tal pregunta oyó Pípila, dijo saludando al general:

—Eso no se pregunta; se manda, y se hace.

En la esquina de la calle de los Pocitos y subida de los Mandamientos existia una tienda de rajas de ocote: ábriéronse á golpes las puertas y Pípila tomó unos cuantos manojos de ese palo resinoso que arde con facilidad, produciendo una luz viva, y se lanzó resueltamente á la empresa.

Un grande espacio mediaba entre la puerta de la alhóndiga y las filas de los sitiadores, espacio que nadie se atrevia á franquear, pues en él imperaba solo la muerte.

Pípila, con la fuerza hercúlea de que ya hablé, limpió de tierra con la hoja de su pu-

ñal la hendidura que entre sí dejaban dos enormes losas, y arrancando una de ellas, la echó sobre sus espaldas y agachándose casi hasta tocar el suelo, avanzó: una lluvia de proyectiles cayó sobre él sin causarle el menor daño, entre los gritos de cólera de los sitiados y las aclamaciones de los sitiadores.

Pípila llegó á la puerta de lá alhóndiga: un humo espeso le envolvia: las llamas lamieron en un principio aquellos macizos tableros, y despues, haciendo presa en ellos, consumíanlos con rapidez.

Berzábal, que supo lo que pasaba, reunió á los soldados que le quedaban aún de su heróico batallon y los formó detrás de la puerta, preparados á disparar sus armas.

—¡Adelante!—gritó Hidalgo, y la multitud se lanzó al asalto de la puerta que formaba una cortina de llamas verdaderamente fantástica.

—¡Fuego!—gritó Berzábal á su vez, y una descarga de los soldados diezmó las primeras filas de los insurgentes, pero las segundas avanzaron abriéndose paso al interior.

Espantoso fué entónces lo que allí pasó; los indios del cura cesaron en su mayor par-

Pípila llegó á la puerta.... Pag. 142

te de combatir, seducidos por la idea de apoderarse de los tesoros en la alhóndiga acumulados; pero la plebe de Guanajuato, hasta entónces casi impasible espectadora, quiso ser la primera y única en repartirse el botin, y echándose sobre las tropas independientes, las atacó sin piedad y con violencia, y la lucha fué terrible y sangrienta: á la vez, los pocos defensores del edificio que aun conservaban la vida, peleaban como leones por la salvacion de sus intereses, y los gritos, la confusion, las maldiciones, las blasfemias y las voces de muerte ensordecian aquel recinto, por cuyas escaleras rodaban, envueltos en desórden repugnante, los vivos y los muertos, los papeles de los archivos, los sacos de dinero, las barras de plata, los tejos de oro y los muebles que se suponia guardaban alguna oculta cantidad ó codiciadas alhajas. Las mujeres acogidas en la alhóndiga, buscando, para salvarse, el modo de impedir la entrada á los que no la habian logrado, vaciaban los sacos de moneda acuñada por las ventanas, y entónces la ambicion del pillaje embriagaba más y más á la multitud.

Los más desalmados de la plebe de Guanajuato se apoderaron de los frascos de azogue convertidos en granadas que aun existian, y los dispararon sobre las tropas insurgentes, á fin de contenerlas y ejercer solos el saqueo.

Berzábal se retiró con sus provinciales y los abanderados Marmolejo y Gonzalez á un ángulo del patio, defendiendo allí sus pabellones, que su resistencia cubria de esplendente gloria. Acosados por el número, cayeron Marmolejo y Gonzalez, vitoreando la causa por la cual morian, y solo ya Berzábal cayó á su vez tambien abrazado á las banderas que oprimia contra su corazon, despues de habérsele roto la espada y disparado su pistola con cuyo cañon, ya vacío, aun pudo romper el cráneo al más próximo de sus enemigos.

El combate con los sitiados cesó entónces; pero la muerte continuó segando vidas en aras del rencor de los vencedores que se portaron sin piedad ni conmiseracion alguna.

Poco ménos de cinco horas habia durado aquel encuentro terrible, el primero ocurrido entre insurgentes y realistas: de aquellos perecieron en el asalto y en el interior de la al-

hóndiga TRES MIL HOMBRES; de los segundos, cerca de trescientos cincuenta, esto es, las cuatro quintas partes de sus defensores.

Pípila habia entrado tambien en la alhóndiga, pero en vano se le buscó durante mucho espacio de tiempo: creíasele ya un cadáver envuelto entre los de los demás, cuando un fuertísimo grupo de guanajuatenses é indios del cura, derribando la puerta de la troje número 21, fueron á encontrarle oculto en ella.

—¡Miserables! atrás!—les gritó con voz semejante al rugido del tigre que defiende su presa.

—Algun tesoro hay aquí y le quiere para sí solo,—gritó un individuo que casi sin poder con ella cargaba una barra de plata.

Pípila, poniéndose en pié, aguardó que el individuo se le acercase, y apénas le tuvo á buena distancia, le descargó un golpe tal, que la víctima soltó la barra y cayó arrojando sangre por la boca: el grupo quiso echarse sobre Pípila, pero tomando éste la barra la levantó en alto, y lanzándola con violencia, mató de una sola vez cinco individuos, diciendo á los restantes que no osaban pasar de la puerta:

—Llevénla ustedes si quieren, se la cedo

—¿Cuántas más tienes ahí ocultas?

—Ninguna.

—¡Mientes!

—¡Pasen dos de ustedes á convencerse de que ni un solo peso hay en esta troje, y despues salgan y déjenme, si no quieren que les pruebe que Pípila se basta él solo para concluir con ustedes, cuadrilla de ladrones!

Impuestos por la voz terrible de Pípila, nadie se atrevió á responder, pero sí dos de aquellos hombres hicieron en pocos instantes el registro á que habian sido invitados.

Pípila miéntras tanto tomó una raja de ocote encendida y la conservó en su mano izquierda, miéntras apoyaba la derecha en un monton de pistolas de las cuales dijo mostrándolas á los asaltantes:

—¡Todas tienen carga, se lo advierto!

Esto pasaba en muchísimo ménos tiempo que el que estoy necesitando para referirlo.

Iba á retirarse el grupo, cuando uno de los cadáveres que á su lado tenia Pípila se sentó sobre el piso que le servia de fúnebre lecho, diciendo:

—¡Ah! aun vivo! yo te vengaré, padre mio!

—¡El hijo del intendente!.... —exclamaron los que habíanle reconocido, á la vez que manifestaron impulso de lanzarse sobre él.

—Atrás!—rugió Pípila—sí, D. Gilberto herido malamente y el cadáver de su padre tambien. ¡Descúbranse ante el valor desgraciado!

—¡Arrastremos por las calles el cuerpo del gachupin!—dijo una voz.

Pípila no aguardó más, y acercando la llama del ocote á la mecha de una de las granadas de la invencion de D. Gilberto, la arrojó sobre el grupo que empezaba á traspasar la puerta.

La explosion fué espantosa en aquel recinto abovedado y espesísima la humareda.

Cuando húbose disipado, solo Pípila quedaba en pié, siempre al lado del cadáver del intendente y del cuerpo mal herido de D. Gilberto.

XVIII

A la plebe de Guanajuato han achacado todos los historiadores el saqueo terrible y san-

griento de aquella poblacion: la hez de su moradores en aquellos dias, fué en efecto l promovedora de escenas cuyo relato lastima ria el corazon del lector más insensible.

La noche del 28 de Setiembre fué dign continuacion de aquella tarde, y solo tien semejante en la historia del pueblo france en los dias asombrosos del terror.

Saqueada la alhóndiga, puestos en prision sus defensores que quedaron con vida, indio y plebe, á la luz pavorosa de las teas, se entregaron á un nuevo saqueo en la ciudad, no perdonando en su furor ni á los mismos criollo y pacíficos vecinos: la multitud habíase posesionado de las tiendas de abarrotes de la propiedad de los españoles, embriagándose con los vinos y licores en ellas existentes, y no y al saqueo sino al pillaje fué á lo que desenfrenadamente se entregó. Repugna referirlo y quiero no detenerme en ponderarlo.

D. Miguel Hidalgo, Allende, Aldama y demás jefes, hicieron cuanto les fué dable para poner fin á aquella exaltacion del bandidaje; pero las fuerzas regulares á sus órdenes no pudieron conseguirlo, y bien al contrario, fue-

ron atacadas por la plebe con el mismo encono que si hubieran sido realistas.

Hidalgo no podia contener su indignacion.

—Estos miserables—decia,—van á desacreditar mi causa.

El domingo 30 de Setiembre ya no quiso esperar más y expidió un bando disponiendo cesase aquel desórden; y queriendo borrar la impresion de aquellos crímenes que él no habia cometido ni podido evitar, dictó un buen número de disposiciones acertadas y benéficas.

Mandó poner en libertad á todos los criollos aprehendidos en la alhóndiga, y á algunos españoles devolvió á sus casas, y al resto de los prisioneros dispuso se asistiese con cuanto pudieran necesitar, ordenando se les curasen las heridas, ya por enfermeros de su ejército, ya por sus propias familias.

A su alojamiento del cuartel del Príncipe acudieron varias personas en demanda de proteccion y á todas se la acordó Hidalgo amplísima.

En este caso se encontraron la señora é hijo de un opulento español, D. M. Baranda, prisionero de las tropas independientes.

Al postrarse ante el cura aquella madr
aquel niño que despues habia de figurar
un modo ilustre en su nueva patria, Hida
les hizo levantar, y tendiéndoles conmov
sus brazos, les dijo:

—"Señora, las circunstancias me oblig
"á disimular estos males necesarios, que
"el primero en sentir y lamentar.... Su n
"rido de usted queda en libertad, ya que
"ha librado del furor de mis soldados, y c
"lá que así pudiera yo salvar á todos sus co
"pañeros de infortunio."

Una prueba más quiero citar entre mil q
justifican al cura de Dolores como inocer
de los crímenes de Guanajuato.

El mismo interesado D. Lúcas Alaman
ha referido despues, con palabras de las cua
yo me permito tomar las que hacen al cas

En la planta baja de la casa habitada p
aquella ilustre familia hallábase la tienda
un español, D. José Posadas, de cuyo no
bre tienen noticia mis lectores por una co
versacion que figura al principio del capítu
XI de mi libro, entre un hombre llamado
roto y otros de sus camaradas.

Los miserables que en ella intervinieron preparábanse en aquellos instantes á cumplir su malvado propósito de apoderarse de lo efectos y dinero ocultos por Posadas en una bodega del patio interior: *el roto* los acaudillaba.

La empresa la consideraban tanto más segura cuanto que el pobre comerciante habia muerto en la defensa de la hacienda de Dolores: separada ésta de la alhóndiga por una estrecha calle, Riaño habia comprendido que no era dable abandonarla sin grave riesgo del edificio en que pensaba hacerse fuerte, y encomendó su guarda y defensa á una seccion de la compañía de vecinos armados.

Cuando se hizo imposible sostener las trincheras y mandó Berzábal retirarse á sus destacamentos, los paisanos de la hacienda se consideraron, con justicia, perdidos y solo pensaron en vender caras sus vidas.

Un instante creyeron poder ponerse en salvo por la puerta que daba al puente de palo del rio de la Cata; pero los insurgentes habíanse adelantado y rechazaron á los vecinos hasta el punto en que se hallaba la noria de la hacienda, en el cual se hicieron fuertes has-

ta que se les acabaron las municiones: su
fe, D. Francisco Iriarte, el mismo que fu
primero en avisar al intendente el princ
de la revolucion, mató él solo diez y o
insurgentes.

Viéndose, como ya dije, sin municio
aquellos comerciantes entre los cuales se
llaba Posadas, primero que entregarse p
rieron morir y se arrojaron á la noria pereci
do en ella ahogados.

La ocasion no podia presentárseles más
vorable á *el roto* y á sus camaradas, entera
de la existencia del tesoro por el mismo
gador que ayudó á Posadas á ocultarlo.

Por más que *el roto* procuró no llama
atencion de los indios del ejército, un g
número de ellos se le unió, mal á su pe
á consecuencia del escándalo promovid
negarles la entrada los criados de la cas
la señora de Alaman. Miéntras los unos m
tenian la disputa, los otros asaltaron la
por el entresuelo, y en el descanso de la
calera se apoderaron del jóven D. Lúcas,
tónces de diez y ocho años de edad, y y
arrastraban tras de sí creyéndole euro

cuando los criados y algunos de la plebe de Guanajuato que le conocian, obligaron á los aprehensores á dejarle en libertad, conteniéndose por entónces los asaltantes.

Aprovechando la tregua la señora Alaman y su hijo D. Lúcas, dirigiéronse atravesando no sin peligro las calles, al cuartel del Príncipe donde Hidalgo se alojaba.

Hallábase D. Miguel en una pieza llena de gentes de todas clases: habia en un rincon una porcion considerable de barras de plata recogidas á los asaltantes de la alhóndiga y manchadas aún de sangre: en otro una buena cantidad de lanzas y arrimado á la pared y suspendido de una de aquellas el cuadro con la imágen de la Vírgen de Guadalupe.

El cura estaba sentado en su catre de camino, con una pequeña mesa delante, con su trage ordinario y sobre su pecho una especie de tahalí morado.

Recibió á la señora y á su hijo con agrado, y sabedor del suceso que los llevaba allí, asegurándoles su antigua amistad, les dió una escolta mandada por el capitan Ignacio Centeno, ordenando á éste custodiar tanto la casa

como los efectos que en ella pudiese habe
pertenecientes al desventurado comerciant
En vez de someterse á las disposiciones d
su general que Centeno le comunicó, *el ro*
excitó á la multitud á que le secundase en
asaltó de la bodega de Posadas, y siendo ca
imposible con tener tal intento, un soldado r
cibió la comision de enterar á Hidalgo de ell

Encolerizado D. Miguel con este nuevo ac
to de rebeldía y desacato á su autoridad, di
inmediatamente la órden de montar á caballo
y él mismo quiso en persona trasladarse al lu
gar del suceso.

Llevaba al frente el cuadro de la imágen d
Guadalupe, precedido de un indio á pié to
cando el tambor; seguian porcion de hombre
del campo, á caballo, y algunos dragones d
la Reina en dos filas: marchaban por últim
el cura, sus generales, ayudantes y oficialida
todos con una estampa de la Vírgen de Gua
dalupe en los sombreros.

El tumulto de los asaltantes de la casa d
Posadas habia llegado al extremo del escán
dalo. La plebe y la indiada arremetian co
furor contra el capitan Centeno y sus solda

dos, y las voces de muerte y de saqueo eran por todos repetidas. La presencia del general en nada disminuyó el desórden, á pesar de haberse intimado á los grupos que se retirasen inmediatamente.

Conteniendo Hidalgo su indignacion, adelantó cuanto pudo su caballo, y dirigiéndose á la plebe, habló de esta manera:

—Hijos mios, soldados de la América, yo, vuestro caudillo, os hablo en nombre de la honra de nuestro ejército: aquello de que el soldado se apodera en el momento del combate es su legítimo botin y paga justa de su valor miéntras puede regularizarse mi gobierno y atender con sus rentas al pago de sus servidores; pero cuando la victoria nos ha hecho dueños de toda la provincia con la toma de su capital y los ejércitos de los europeos son nuestros prisioneros, lo que intentais es un criminal pillaje y una defraudacion de los fondos que deben iugresar en la tesorería del ejército. Retiraos, pues, y no manchando la gloria de que os habeis cubierto en la toma del Castillo de Granaditas, me obligueis á castigaros severamente.

—¿Quién eres tú para hablarnos de cast
gos?—preguntó con insolencia *el roto* adelar
tándose y tomando del freno al caballo, qu
se encabritó como ofendido del contacto d
aquella mano criminal.

—¡Miserable!—gritó Allende levantand
su espada y dejándola caer sobre el atrevid

—¡Quieren asesinar al pueblo!—vociferó
roto esquivando el golpe con suma destreza

—¡Canalla! ladron!—repuso Allende ac
metiéndole de nuevo.

—¡Nos insultan!

—¡A ellos!

—¡Mueran!

Así repetia con desaforadas voces aquell
multitud, que arremolinándose en revuelt
confusion, rodeaba á Allende á quien hiz
caer del caballo, y hubiérale tal vez muerto,
las tropas y gente del cura no hubiesen ca
gado sobre ellos haciéndolos primero huir
persiguiéndolos despues por la plaza, en un
de cuyas esquinas hallábase la casa de l
Alamanes.

En el breve espacio que estas escenas ex
gieron para verificarse, la voz habia corrid

de un nuevo saqueo, y numerosos grupos de plebe se echaban sobre las casas de mexicanos ricos, y no logrando se les abrieran, comenzaron á arrancar á barretazos las rejas de las ventanas.

Indignado el cura, mandó hacer fuego sobre ellos, resultando varios muertos y heridos, lo que impuso á la muchedumbre que acababa de recibir tan severa leccion.

—General,—dijo Allende,—ha vuelto usted por el honor de nuestra causa; ya se hacia esto necesario.

—Señor teniente general,—repuso D. Miguel Hidalgo,—ese cumplimiento parece una recriminacion.

—Aseguro á usted que no lo es.

—Me complace que así sea. A nadie más que á mí irritan el saqueo y latrocinio de mis tropas; pero estos daños son inevitables en revoluciones como la nuestra, obligada á echar mano de cuantos elementos de triunfo se le presentan. Pero si la providencia quiere que bien siga lo que tan bien ha comenzado, yo demostraré no serme desconocidos los principios de moralidad y administracion. Deje

usted nada más que los hombres que me
dean lo permitan. Hoy por hoy, si yo c
gase á quienes en mi ejército lo mere
crealo, Sr. Allende, nos abandonarian las
sas que solo por numerosas nos han d
hasta el presente la victoria. Hay males
cesarios que justifican los fines: tambien
caos brotó la luz.

—Dice usted, bien general,—repuso Al
de,—y mi deseo no es otro sino el de e
que se nos llame bandidos.

—Pienso como usted, pero no habremo
conseguirlo.

—¿Y por qué no, si ponemos los me
para ello?

—Porque en las luchas políticas, solo
calificativos pueden obtener los que en e
intervienen: el de mártires ó el de bandi

—Pues ántes pretendamos aquel.

—Allende, obtendremos los dos.

—¿Qué dice usted?

—Que por los hombres de nuestras id
seremos llamados mártires, y por los de
contrarias, bandidos. Tal es la eterna
para nosotros Jesucristo es un Dios; para

judíos un criminal justamente castigado con un suplicio vil en la cumbre del Gólgota.

XIX

Ya es tiempo de volver á ocuparnos de mis padres y de mí mismo, que tan mal parados quedamos en anteriores capítulos, gracias á la persecucion de la funesta trinidad de Miguel Garrido, el Franciscano, y Capitan García Alonso, ó sean los tres nuestro único y solo enemigo verdadero.

Cosa de cuento parecerá á mis lectores la maravillosa fortaleza de aquellos hombres medio muertos y atrozmente heridos por las manos de sus contrarios ó de su suerte infausta; pero bien sabe Dios si todas las partes de mi narracion no son estrictamente verdaderas.

Por más asombrosos que estos incidentes y accidentes parezcan, no son ménos ciertos que otros de que las historias andan llenas, por más difícil que nos sea comprenderlos, como tampoco comprendemos cómo nuestros antepasados podian moverse y combatir con esas

armaduras que para ser actualmente trasladadas de una á otra sala de un museo, necesitan de dos mozos por lo ménos que las carguen.

Mucho me aflige no poseer en esta ocasion toda esa ciencia infusa de que hacen gala muchos escritores que no saben decir "buenos dias tenga usted," sin apoyarse en las obras y autoridad de todos los sabios habidos en las antiguas y modernas edades de la humanidad; pero ya mis lectores saben que, nacido en dias de combates y desórden y cuando la instruccion pública no estaba en verdad mucho más adelantada que hoy, mis buenos padres no pudieron hacer de mí un sabio ni cosa que se le parezca.

No nací en pobres pañales, pero sí en la cuna del pueblo; hago, pues, mi narracion sin pretensiones y buscando solamente ser entendido por mis hermanos de la clase ínfima en que nací: soy el historiador del pueblo, y como el pueblo hablo sin meterme en más dibujos.

La verdad de las cosas es que la vigorosa naturaleza de mi padre le hizo sobreponerse

á los accidentes que á cualquiera otro hubiera producido la herida que le causó el franciscano, la misma noche del dia en que el cura D. Miguel Hidalgo dió principio á la lucha armada de nuestra independencia.

Cualesquiera que sus sufrimientos fuesen, ni le salian á la cara ni le estorbaban para proseguir sus empresas, y como hombre de hierro, resistia á todas las injurias del sino sin doblegarse á sus embates.

Algunos dias despues de haber caido en los calabozos de la Inquisicion, sintió por primera vez en su cautiverio que las llaves y cerrojos de la puerta giraban entre los dedos de un carcelero ó un salvador.

Por su fortuna, lo último era lo cierto, aunque en la persona de lo primero.

Quiero decir, que su mismo carcelero era su salvador.

—Benito,—entró diciéndole—esta misma tarde he sabido quién eres: la honra de los criollos; y estoy resuelto á salvarte, tope en lo que topare.

—¿No vienes,—le preguntó receloso mi padre,—enviado por García Alonso?

—No me ofende tu pregunta; es natural que desconfíes de mí.

—Entónces déjame en paz.

—Oye, Benito, yo soy criollo como tú.

—Y como tantos otros que combaten contra los independientes: eso nada prueba.

—Sí prueba, si te fijas en que he dicho "criollo como tú," es decir, que tengo tus mismas ideas.

—¿Cómo te llamas?

—Sin duda no me conoces; pero, en fin, me llamo Márcos Cuevas.

—Pues bien, Márcos Cuevas, vé á decir á tu amo el franciscano que desde este momento no he querido hablarte ni una sola palabra más.

—¿Ni por tu hijo?

—¡Por mi hijo!... qué quieres decir, Márcos! habla por piedad! ha caido de nuevo en poder de García Alonso!

—Léjos de ello, está enteramente en salvo.

—¡Oh! maldito seas si me engañas.

—Hé aquí la prueba,—repuso Márcos Cuevas, entregándole un papel.

Era letra de María, una carta que mi padre besó con trasporte ántes de leerla.

—¡Gracias, Dios mio!—dijo postrándose.

—Levántate, Benito, y leela, aquí esta mi farol.

Mi padre leyó lo siguiente:

"Benito, mi Benito, Benito de mi corazon: bendita sea nuestra Madre Santísima de Guadalupe, bendita mil veces! Mi hijo, nuestro idolatrado hijo Cárlos Miguel, está en salvo y en mis brazos, y hoy mismo salgo con él para Valladolid, donde me acogeré y me ocultaré en la casa de tus parientes.

"A Acuña, el infeliz padre Acuña que me llevaré conmigo, debo este supremo bien. Su encuentro fué casi milagroso. Figúrate que.... pero ya te lo contaré cuando nos veamos, porque por carta nunca acabaria.

"Aunque me voy á Valladolid no creas que te abandono. Esta carta te la entregará tu mismo carcelero en quien puedes tener completa confianza, pues es un buen criollo que quiere al cura y á la independencia de nuestra patria.

"No te digo más: el franciscano anda en nuestra busca y yo escapo en seguridad, merced á un plan del pobre padre Acuña: Dios perdone á Garrido que tanto mal ha hecho á un hombre tan bueno y de tanto talento como Acuña.

"Repito que conozco bien á Márcos Cuevas y que debes fiar enteramente en él:

"Tuya siempre, mi Benito, tu

"*María.*"

—Márcos,—dijo mi padre tendiéndole la mano—María me dice que confíe en tí: ¿debo hacerlo?

—Benito,—contestó Márcos con sinceridad—si tú no quieres fiar en mí, despues de esa carta, me es imposible darte otra prueba más patente y expresiva.

—Sí puedes.

—Comprendo: dejándote salir de tu calabozo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ahora no es tiempo aún.

—¡Lo ves!—añadió con desaliento mi padre.

—Escucha: García Alonso debe venir á hablar contigo dentro de unos momentos.

—¡Oh! entónces dame un puñal, y no te exijo más.

—Calma, todo eso ya lo arreglaremos: le tengo preparada una muerte ménos agradable que una puñalada en el corazon.

—¿Qué quieres decir?

—Que te encuentras en uno de los calabozos de hierro de la Inquisicion.

—¿Y qué? ya lo he notado.

—Que debajo del piso de este calabozo existe un hornillo tan grande como él: cuando el reo que en él se aloja es sentenciado á muerte, se enciende gran cantidad de leña en ese hornillo, y algunas horas despues el reo deja de existir en medio de atroces tormentos.

—Lo sé, lo sé, ¿pero qué quieres decir?

—Que tú estás condenado á este suplicio, y que la leña está ya preparada con aceite, para que arda mejor y más pronto.

—¡Márcos Cuevas!—gritó con desesperacion mi padre.

—No tiembles, criollo: tienes sangre de la raza de Guatimotzin á quien quemaron los

piés sin arrancarle una sola queja. Además, no serás tú al que asen en ese calabozo, sino á tu enemigo el franciscano.

—¡Horror!....

—Calla tú y déjame hacer á mí.

—¡Eso es una crueldad espantosa!

—Para tí, lo creo: para mí ès cosa comun y corriente: hace diez años que soy carcelero de la Inquisicion, y tengo el alma más dura que un bronce. He presenciado este suplicio muchas veces; desde que se suprimieron los autos de fé en público, los calabozos de hierro han sustituido á los quemaderos, con ventaja para la crueldad. Esto no lo saben los de afuera, pero lo sabemos nosotros.

—¡Oh! quisiera huir de aquí.

—Te he dicho que por el momento es imposible: el pasillo en que está este calabozo no tiene más salida que la sala secreta del tribunal, y en ella están reunidos en este instante los inquisidores con García Alonso.

—¿Y cuándo podremos salir?

—Lo ménos ha de pasar media hora. Pero, ¡con mil de á caballo! tranquilízate y no des-

confíes ni de mí ni del éxito de tu salvacion: toma y vístete este trage.

Esto diciendo, Márcos entregó á mi padre una túnica con capucha, de lana negra, exactamente igual á la que él mismo llevaba.

—¿Qué es esto?

—El vestido de mi ayudante cuyo lugar he comprado para tí al propietario, gracias á diez onzas de oro que para ello me entregó María. Pocas veces te habrás puesto un trage más feo ni más caro, pero ninguno ha de haber sido tampoco más útil para tí.

—Tan extraño y tan horrible es todo lo que me pasa que....

—Que desconfías de mí—le interrumpió Márcos.

—No lo niego,—contestó mi padre.

—Bien está,—observó Márcos sin inmutarse y sacando un largo puñal que entregó al encarcelado diciéndole:—toma, ahí tienes el arma que deseabas, regístrame á tu satisfaccion y te convencerás de que no tengo otra alguna: si algo notas en mí que te parezca sospechoso, puedes impunemente clavarme ese puñal en el corazon; pero no pierdas el

tiempo, vístete ese trage y sal del calabozo cuya puerta voy á cerrar.

Así se hizo todo, quedando mi padre de la parte de afuera.

XX

Firmemente resuelto á dar muerte á Márcos Cuevas si algo sospechoso llegaba á notar en él, mi padre fué poco á poco recobrando su reposo y calma de costumbre, y al fin preguntó á su extraño salvador:

—¿Eres realmente de los nuestros?

—Lo soy, Benito, te lo juro.

—¿Y qué te ha movido á ello?

—Soy franco: el oficio de carcelero del Tribunal Secreto me tiene ya fastidiado: diez años de presenciar bárbaros suplicios, me tienen asqueado el estómago: no me hacen ya impresion los ayes y clamores de los reos, pero el olor de la carne humana muerta y podrida me repugna: casi he perdido ya las ganas de comer.

Mi padre escuchaba horrorizado las pala-

bras de Márcos, pronunciadas con la más grande naturalidad y sangre fria.

—Además,—continuó diciendo,—hablan tanto de los triunfos del cura y corre tal miedo por la capital, que yo creo que esto va á durar poco y es preciso ir pensando en tomar otro oficio del cual vivir.

—¿Segun eso, D. Miguel Hidalgo cuenta ya con un buen ejército?

—¡Anda! ¡anda! como que dicen que ha entrado en Valladolid con ochenta mil hombres.

—¡En Valladolid está?

—Sí: el dia 10 del corriente Octubre salió de Guanajuato, donde dicen que no dejó títere con cabeza.

Márcos refirió en pocas palabras á mi padre los hechos que pormenorizadamente conocen ya mis lectores.

—¡Espantosamente ha comenzado la lucha!

—Sí; pero aseguran que el cura está poniendo eficaz remedio á tantos horrores: ya ha planteado una fábrica de cañones y una casa de moneda.

—¿Pero con qué máquinas?

—Con las que están construyendo los artesanos guanajuatenses, segun las indicaciones del mismo cura, que parece estudió bien el punto en un cierto Diccionario de Artes y Oficios que á su tiempo se proporcionó.

—¡Oh! es un hombre de gran talento!—exclamó con orgullo mi padre.

—Dicen que sí, y que además ha sabido atraerse para el objeto á personas muy entendidas, tales como D. Rafael Dávalos que es el encargado de la fundicion de cañones.

—Le conozco, fué alumno del colegio de Minería y daba el curso de matemáticas en el colegio de Guanajuato.

—Eso dicen. Tambien le ayuda D. Mariano Jimenez, y su grabador de troqueles para la moneda es D. Francisco Robles, muy hábil segun parece.

—De modo que Guanajato y su provincia acatan la autoridad del nuevo caudillo.

—Como que hasta ha nombrado su intendente á D. José Francisco Gómez, ayudante mayor que fué de provinciales de Valladolid y administrador de tabacos de Guanajuato: su asesor es el Sr. D. Cárlos Montes de Oca.

Tambien ha levantado dos regimientos de infantería, uno de los cuales manda como coronel D. Casimiro Chovell, administrador de la Valenciana, y el otro D. Bernardo Chico, hijo de un europeo del mismo nombre y perteneciente á familia muy distinguida de Guanajuato. Da gusto ver cómo se asciende en el ejército del cura. Figúrate que á D. José María Liceaga, que en los dragones de España era cadete, le ascendió á capitan, y habiéndole manifestado que en la poblacion no habia galoneros que supiesen hacer las charreteras, distintivo del grado, le ascendió á coronel porque era más fácil encontrar en Guanajuato los dos galones que en la manga llevan los coroneles.

—Pero eso no ha de ser verdad.

—No lo será, pero así se cuenta.

—¿Dónde se ha establecido la casa de moneda?

—En la hacienda de San Pedro, perteneciente á D. Joaquin Pelaez; pero dicen que no estará lista hasta dentro de dos meses.

—¿Dices que ya no está D. Miguel en Guanajuato?

—Parece que el dia 2 de Octubre, temiendo ser atacado por el brigadier Calleja, dió órden de salir á sus tropas á las nueve de la noche, haciendo iluminar la ciudad para evitar la confusion; pero no llegó más que á la Valenciana y regresó sin novedad: el dia 3 volvió á salir, pero no pasó de la hacienda de la Quemada, y desde allí envió á Aldama con parte de su gente á recorrer todos los pueblos de la falda de la Sierra.

—¿No se tiene noticia de alguna otra batalla?

—Mucho que sí: seiscientos hombres de la division del conde de la Cadena, que se halla en Querétaro, y un cuerpo de insurgentes que venia por el camino de San Miguel el Grande, se encontraron en el puerto de Carroza, y el dia 6 se batieron, quedando victoriosos los realistas al mando del oficial Linares, pues su jefe el sargento mayor D. Bernardo Tello, echó á correr dando por pretexto que se aproximaba la noche. Todo no vale la pena, pues solo hubo un soldado realista muerto; pero se ha celebrado como la primera batalla campal ganada á los insurgentes, en los cuales hi-

zo gran destrozo la artillería, arma de que ellos carecen. El lúnes 8 de Octubre corriente, D. Mariano Jimenez salió de Guanajuato con una vanguardia de tres mil hombres, y el 10 le siguió Hidalgo con toda su gente. Se creyó que marchaba sobre Querétaro, pero á Valladolid es á donde se dirigió por el valle de Santiago y Acámbaro, habiéndosele unido Aldama con su gente en Indaparapeo.

XXI

Efectivamente, así habian pasado las cosas. A la vez que Guanajuato se preparaba á la heróica y desgraciada defensa de que ya hice mencion, el cabildo de la catedral de Valladolid ponia en pié todos los recursos militares á sus alcances: el cabildo dije, porque en aquella poblacion todo lo hacian los canónigos, y prueba de ello fué el haberse puesto á la cabeza de las tropas el prebendado D. Agustin Ledos, encargándose de dirigir la fundicion de cañones el obispo Abad y Queipo en persona, quien hizo bajar para tal fin de las torres de la catedral la campana mayor.

Pero todo este entusiasmo vino á tierra cuando se supo que habian caido en poder del torero Luna, cabecilla insurgente que merodeaba en los alrededores de Acámbaro, el intendente de la provincia de Valladolid D. Manuel Merino, el coronel D. Diego García Conde, comandante de las armas, y el conde de Casa Rul, coronel del provincial de infantería de Michoacan. Los tres habian sido enviados por el virey con el fin de regularizar los planes de defensa de los canónigos.

En cuanto en Valladolid se tuvo noticia del suceso, el obispo dijo:—piés para qué os quiero,—y no paró hasta la capital, llegando á ella felizmente: no pudo decir otro tanto el asesor intendente D. José Alonso de Teran, á quien echó la mano el cura de Huetamo, quien se le remitió á D. Miguel Hidalgo.

El cabildo, que tal supo, solo trató de dulcificar el golpe que se le esperaba, y de acuerdo con las demás autoridades, envió al capitan general insurgente una comision compuesta del canónigo Betancourt, del capitan D. José María Arancibia y del regidor D. Isidro Huarte, con órden de salir á recibirle á Indapara-

peo, á cinco leguas de Valladolid, como en efecto lo hizo.

El resultado fué que el 15 de Octubre entró en aquella ciudad el coronel Rosales, el 16 el general Jimenez, con sus tres mil hombres de vanguardia, y el 17 D. Miguel Hidalgo con todo el grueso de su gente. La entrada fué de lo más solemne y festejosa imaginable, ensordeciendo los aires los alegrísimos repiques de las campanas de todos los templos. Al siguiente dia se celebró en la catedral una misa en accion de gracias por el triunfo y progresos de las armas insurgentes, y aquel cabildo que habia sido el primero en excomulgar á Hidalgo y á toda su gente, fué el primero tambien en ceder al miedo, alzando la excomunion, lo cual se encargó de ejecutar el canónigo conde de Sierra Gorda, gobernador de la mitra.

No habiendo hecho resistencia alguna la ciudad, la entrada de las tropas insurgentes no dió márgen á las escenas de saqueo y asalto que tan gratas les eran.

Hidalgo y sus generales entregábanse, contentos del suceso, á regularizar la administra-

cion de su nueva conquista nombrando intendente á Don José María Anzorena, persona distinguida y respetable, y llenando los puestos vacantes por la fuga de los españoles, cuando vino un soldado á avisarles que los indios habian comenzado á asaltar algunas casas de europeos.

Inmediatamente Allende montó á caballo, y seguido de fuerzas regulares, se presentó colérico á reprimir el desórden: en pocos instantes habian sido saqueadas, hasta el punto de no quedar en ellas mueble útil ni entero, las habitaciones del asesor Teran, del canónigo Bárcena y las de los Sres. Aguilera, Olarte, Losal y Aguirre.

Còmo en Guanajuato, Allende estuvo á punto de perecer á manos de sus mismas tropas, cuyos instintos de pillaje y cínica insolencia solo pudo tener á raya haciendo disparar un cañon cargado de metralla, que dió muerte ó hirió á un buen número de los criminales que ante tan severa y merecida leccion hubieron mal á su pesar de apaciguarse.

Retirábase Allende satisfecho de haber honrado una vez más la causa que defendia, cuan-

do de nuevo cundió la alarma por la poblacion, en cuyas calles resonaban gritos de muerte, de venganza y de saqueo.

—¡Maldita gente!—dijo sin poderse contener:—solo parece que se ha propuesto hacernos aborrecibles.

Cuando hubo llegado al lugar en que mayor era la irritacion de la multitud, preguntó la causa del alboroto.

—¡Que los gachupines nos han envenenado!—se le contestó, mostrándosele los cadáveres de algunos indios.

Habiendo muchos de éstos hartádose de frutas y dulces y bebido gran porcion de aguardiente cuyo fermento les fué mortal, creyéronse en la embriaguez envenenados, siendo tal la razon del escándalo.

Así se lo explicó Allende, censurando con energía los excesos de la indiada, recomendándole la moderacion y el órden; pero aquella masa burda é ignorante, léjos de aceptar las explicaciones del caudillo, apoderándose del dueño del aguardiente que suponian envenenado, quiso despedazarle con encono feroz.

Entónces Allende hízose servir por el infortunado tendero un vaso del mismo aguardiente, y apurando su contenido, exclamó:

—Si este aguardiente está envenenado y obra en mí su terrible efecto, vosotros me vengareis; si tal no hiciese, retiraos en paz y en órden y pensad que la causa más santa se desacredita con el abuso, el pillaje y el asesinato.

Este rasgo de Allende que casi todos los historiadores no han sabido apreciar en su verdadero valor, que fué el de imponer con él á la muchedumbre, produjo el efecto deseado, calmándose la injustificada agitacion del populacho.

La rendicion de Valladolid puso en manos del cura Hidalgo preciosos elementos para la lucha: su ejército regular, digámoslo así, se aumentó con el regimiento provincial de infantería, compuesto de dos batallones: uniéronsele tambien el regimiento de dragones de Michoacan, más comunmente conocido por dragones de Pátzcuaro, y unos doscientos infantes más.

En las arcas de la catedral habia existentes cuatrocientos doce mil pesos que tomó, mé-

nos los doce mil, para los gastos de su ejército, y despues de haber despachado copias del acta del levantamiento de la excomunion á todos los curas de los lugares sometidos á su mando, con órden de leerlas en sus parroquias durante la misa de los dias festivos, determinó salir con sus fuerzas de Valladolid, como en efecto lo hizo el dia 19 de Octubre, tres dias despues de haber entrado en la ciudad.

XXII

Reunidas en Acámbaro todas las fuerzas insurgentes y resuelto por su caudillo, á quien la victoria tan manifiestamente distinguia, caer sobre la capital del vireinato, se determinó pasar una revista y organizar de un modo permanente ya aquel asombroso ejército.

Así se hizo, formando en la gran parada ochenta mil hombres de caballería é infantería: dividiéronse unos y otros en regimientos de mil plazas, al mando cada uno de un coronel, á cuya clase se asignó el sueldo de tres pesos diarios, así como uno al soldado de caballería y cuatro reales al infante.

D. Miguel Hidalgo fué proclamado generalísimo, y por primera vez vistió entónces el trage militar correspondiente á su alto empleo, distinguiéndose por una casaca azul con vueltas encarnadas y bordadas de oro y plata, tahalí de terciopelo negro bordado, y en el pecho una imágen de la Vírgen de Guadalupe de mucho tamaño y de oro tambien.

Allende fué ascendido á capitan general, siendo su uniforme chaqueta de paño azul con vueltas encarnadas bordadas, y galones de plata en todas las costuras, y en cada hombro un cordon, que dando vuelta por debajo del brazo, remataba en una gran borla pendiente de un boton.

Ascendieron á tenientes generales Aldama, Balleza, Jimenez y Arias, el denunciador en Querétaro de sus camaradas, y obtuvieron el grado de mariscales de campo Abasolo, Ocon, los dos Martinez y otros: su uniforme era el mismo que el de Allende, sin más diferencia que llevar un solo cordon, colocado, en los tenientes generales, en el hombro derecho, y los mariscales en el izquierdo.

Los brigadieres, á más de los tres galones

de coronel, llevaban un bordado angostito, y los demás grados los mismos distintivos que el ejército español.

El suceso se celebró con misa cantada, *Te Deum*, salvas y repiques, y excusado es decirlo, con el entusiasmo general y sin límite de aquella muchedumbre.

Uno de los grupos en que mayor era la alegría, gracias á las frecuentes libaciones, hallábase á la puerta de la casa que servia á Hidalgo de alojamiento. El grupo se componia de soldados de infantería de Celaya y guanajuatenses, entre ellos Pípila y *el roto*.

—¿Pero qué tiene este condenado Pípila,—preguntaba *el roto*,—que siempre anda triste y cabizbajo?

—¿Qué ha de tener? que está arrepentido de haber abrazado nuestra causa.

—¡Mientes, maldecido!—exclamó Pípila: ninguno de ustedes ha hecho por ella más que yo.

—¡Ya salió Pípila con su hazaña! Cuándo había de perder la ocasion de recordarnos que él prendió fuego á la puerta de la alhóndiga!

—Gracias á él,—observó *el roto*, yo fuí de

los primeros en tomar mi parte del botin: un saco de onzas de oro que lo ménos tenia trescientas, y poı cierto que me costó un disgusto apoderarme de ellas.

—¿Qué disgusto fué ese?

—Uno que despues de todo debió haber premiado el cura en vez de ponerme casi á la muerte en lo del asalto de la casa de los Alamanes, cuando el ataque á la bodega del gachupin Posadas.

—Pero en fin ¿qué fué ello?

—Que contra toda mi voluntad tuve que derribar de un lanzazo al pobre D. Gilberto Riaño.

—¡Ah! ¿conque tú fuiste?—preguntó Pípila disimulando su encono.

—Me llamó ladron y quiso oponerse á que me apoderase del saco, que segun parece le pertenecia.

—Anda, que para consolarle, D. Miguel hizo devolver á la intendenta los efectos que habia en la alhóndiga, pertenecientes á su marido, más una barra de plata que le regaló, proponiendo á D. Gilberto una alta gradua-

cion si se adheria á su partido; pero el mozo rechazó el ofrecimiento.

—Eso se dice, pero quién sabe lo que hubiera hecho si no llega á morir á los pocos dias de resultas del lanzazo de *el roto.*

—¡Canalla!—exclamó Pípila,—no ofendas á los muertos!

—¡Mira y cómo le defiendes! solo parece que era cosa tuya.

—Como que él impidió que la plebe arrastrase por las calles el cuerpo del intendente y curó las heridas de D. Gilberto, enterrando despues al padre y llevando á su casa y sobre sus hombros al hijo.

—Yo estaba, dijo *el roto,*—en el grupo que derribó la puerta de la troje número 21 y fuí de los pocos que salvamos de la cólera de Pípila.

—¿Pues qué hizo?

—Poca cosa, nos disparó uno de los maldecidos frascos de azogue que D. Gilberto habia convertido en granadas: éramos más de ciento y solo ocho quedamos con vida; pero en gracia de la intencion, todo se lo he perdonado.

—Mira,—observó Pípila colérico,—guarda tus perdones para quien sea más débil que tú, no para quien puede aplastarte de un puñetazo como y cuando lo desee.

—No se enoje V. S.,—repuso *el roto* con acento socarron.

—Vamos á ver, haya paz y tengan ménos revoltosa la borrachera,—dijo un cabo del regimiento de Celaya;—ó les planto un balazo sobre el ojo izquierdo, igual al que le planté....

—¿A quién?—gritó Pípila saltando como un tigre sobre el cabo, que era el individuo más beodo del grupo.

—Solo parece que hay más balazos célebres sobre el ojo izquierdo que el que yo planté al intendente.

Pípila se habia trasformado en una hiena.

—¿Conque tú fuiste?

—Yo, sí, ¿y qué?

—¡Miserable!—exclamó Pípila clavándole su puñal en el corazon y dejándole muerto instantáneamente,—mataste al hombre más honrado del mundo; no repetirás ya con otro tu felonía.

El roto fué el primero en lanzaree sobre Pí-

pila; pero éste, cumpliendo su amenaza, de un solo puñetazo le hizo caer muerto en tierra arrojando sangre por boca, narices y oido

Los demás individuos del grupo pusiéron en fuga, y Pípila entró en el alojamiento Hidalgo, diciéndole:

—Acabo de matar á los asesinos del señ intendente D. Juan Antonio Riaño, y de hijo D. Gilberto; sé que merezco un castig pero en gracia de lo de la alhóndiga, no lo aplique el señor cura; yo me haré matar la primera accion en que entremos.

Y sin aguardar respuesta, salió de la habitacion.

—No hatá taĩ,—díjose á sí mismo Hidalg —yo sabré evitarlo: me privaria del más ho rado y valiente soldado de mi ejército.

XXIII

Repentinamente sonaron pasos al extrem del corredor en que mi padre y Márcos C vas conversaban, como dije al final del vig simo capítulo.

Mi padre sintió latir con atroz violencia su corazon.

Habia llegado el instante supremo.

García Alonso iba á recibir el castigo de sus infamias, castigo justo pero horrible, muerte espantosamente cruel.

—¡No!—dijo para sí:—yo no puedo aceptar esta venganza que me depara Dios: le mataré, pero con la hoja del puñal de Márcos.

El franciscano llegó, y abriendo el calabozo Márcos, se dispuso á arrojarle dentro de él; pero mi padre, con un movimiento rápido y brusco lo impidió, haciendo caer la capucha que cubria el rostro del fraile.

Márcos y mi padre lanzaron una exclamacion de sorpresa.

El franciscano no era García Alonso.

Era el confesor encargado de preparar á mi padre á bien morir.

Márcos quiso á toda costa encerrar en el calabozo al pobre fraile, pero mi padre no lo consintió, y de acuerdo con el pobre franciscano, que no cabia en sí de temor, se convino en amordazarle dejándole amarrado á una fuerte reja.

Márcos y mi padre, merced al disfraz de éste, salieron sin contratiempo de la Inquisicion: una hora despues, habian tambien salido de la capital.

Para fortuna suya, la buena ciudad de México tenia algo más grave de que ocuparse que la fuga de un carcelero y un reo de la Inquisicion.

Las tropas del virey habian tenido su primer encuentro con las avanzadas del cura Hidalgo en el puente de Don Bernabé sobre el rio Grande ó de Lerma, el dia 27 de Octubre. El ejército independiente, despues de haber pasado por Maravatío é Ixtlahuaca, se dirigia sobre México.

El encargado de salir al encuentro era el teniente coronel D. Torcuato Trujillo, oficial español que Venegas habia traido con él de la península: sus fuerzas consistian en el regimiento provincial de Tres Villas, de dos batallones con ochocientos hombres, al mando de su mayor D. José de Mendivil, natural de Veracruz, y algunos dragones de España. El 29, Hidalgo se presentó en el camino de Toluca: Trujillo, por temor de ser cortado, hu-

bo de salir de Lerma, siguiéndole Mendivil, como á las cinco de la tarde. Aquella misma noche las tropas del virey tomaron posiciones á seis leguas de la capital, en el Monte de las Cruces, así llamado por las muchas que en él señalaban los lugares en que habian sido muertos por los bandidos, alguuos pasajeros que por aquel inseguro paraje transitaban.

A las ocho de la mañana del dia 30 las guerrillas de Hidalgo abrieron la accion, pero las puso en fuga un grupo de caballería, haciéndoles algunos muertos y prisioneros, alguno de los cuales anunció á Trujillo que dentro de pocas horas seria atacado por los ochenta mil hombres del ejército insurgente.

En tales momentos, llegaron enviados por el virey dos cañones de á cuatro dirigidos por el teniente de navío D. Juan Bautista de Ustariz, con una escolta de cincuenta voluntarios, al mando del capitan D. Antonio Bringas, doscientos setenta y nueve mulatos criados de las haciendas de D. Gabriel de Yermo armados de lanzas, y cincuenta de D. José María Manzano.

El ejército de Trujillo se componia, pues,

de mil infantes, cuatrocientos caballos y dos piezas de artillería.

Su jefe comprendió que por disciplinadas que tan reducidas fuerzas estuviesen, á lo más que podia aspirar era á detener al enemigo causándole las mayores pérdidas posibles, y á este fin hizo á parte de sus fuerzas ocupar las alturas inmediatas á la meseta central del monte, situando sus dos cañones en puntos que les permitiesen barrer á metrallazos las filas independientes: para hacer más seguro el efecto de las piezas, mandó cubrirlas con ramas, con el propósito de que ignorando que las hubiese, el enemigo se acercase lo más posible á ellas.

El capitan D. Antonio Bringas recibió el encargo de atacar la izquierda del ejército insurgente con sus voluntarios, los lanceros de Yermo y dos compañías de Tres Villas.

Igual comision recibió para la derecha con dos compañías del mismo cuerpo y una del provincial de México, D. Agustin de Iturbide, quien por primera vez iba á encontrarse en una accion de guerra.

El mayor D. José de Mendivil se encargó

de defender con un cañon la avenida principal; el otro se colocó en el pequeño llano que hay sobre el camino real.

A las once de la mañana el ejército insurgente se presentó en el lugar de la accion, que fué dirigida por Allende, en quien Hidalgo declinó aquella vez este honor: formaban su vanguardia el regimiento de infantería de Valladolid, parte de los de Celaya y Guanajuato y la caballería de la Reina, Príncipe y Pátzcuaro: al frente de la columna iban cuatro cañones servidos por infantes del regimiento de Valladolid á las órdenes de D. Mariano Jimenez.

Abasolo, con las masas ménos disciplinadas del ejercito, ocupó las alturas del bosque frente á la línea española, y los demás jefes permanecieron con el resto de sus fuerzas á los dos lados del camino, preparadas á entrar en batalla tan pronto como se lo permitiese la estrechez y dificultades naturales del terreno.



Comenzó la batalla.... Pag. 191.

XXIV

Algunos momentos despues comenzó la batalla, causando los cañones de Trujillo un resultado tánto más desastroso cuanto que los indios, ignorando los efectos de la artillería, arrojabánse en masa sobre las piezas queriendo tomarlas á brazo.

Entónces fué cuando el capitan Bringas atacó el flanco izquierdo enemigo con tan desgraciada suerte, que él mismo cayó herido de suma gravedad, pudiendo á duras penas regresar vivo á su primera posicion. Desbaratados con esto los planes de Trujillo, D. Agustin de Iturbide, que con mejor éxito habia acometido por la izquierda la línea contraria, hubo de replegarse al llano en que se encontraba su jefe: Mendivil continuó defendiendo bizarramente la entrada del camino, pero al fin concluyó su parque y recibió una herida.

Jimenez tomó entónces dos de sus mejores cañones, pues los otros eran de madera y uno

lo incendió Trujillo, y estableció con ellos una batería que enfilando la línea de combate de los realistas, los diezmó con certera puntería. Allende, con extrema habilidad y salvando enormes peligros, rodeó entónces con su gente la posicion de Trujillo, presentándosele tan cerca, que los contrarios pudieron entrar en réplicas y contestaciones.

Allende, que como de costumbre, solo buscaba medios de hacer ménos sangrientas sus victorias, y dotado de una alma elevada y de un corazon generoso, veia con admiracion la heróica resistencia de aquel puñado de valientes, todos ellos mexicanos, con excepcion de Trujillo, Ustariz, Bringas y algunos otros oficiales, quiso hacerles proposiciones de avenimiento y paz.

Dió el encargo á algunos de los suyos, y tales promesas hicieron á los realistas, que tres veces salió á escucharlos Trujillo con D. José Maldonado, ayudante mayor de Tres Villas; pero pugnando estas proposiciones con su honor militar, cometió la infamia de no considerar, segun las leyes de la guerra, al enemigo al cual se habia prestado á oir; le atra-

jo á su línea, y cuando le tuvo dentro de ella, con felonía que en la misma España mereció ser severamente censurada, se apoderó de una bandera que con la imágen de la Vírgen de Guadalupe le presentaban los independientes, y mandó hacer fuego matando un buen número de ellos.

Conocida la villana accion de Trujillo, el combate se recrudeció de nuevo, y á las cinco y media de la tarde, su pequeño ejército se habia de tal modo reducido, que consideró no quedarle otro medio de salvacion que la retirada.

Para ello tuvo que abandonar sus dos cañones y abrirse paso á viva fuerza, haciendo prodigios de valor y no salvando más que unos cuatrocientos hombres de sus tropas.

Por parte de los insurgentes no fueron ménos asombrosos los rasgos de valentía y temeridad, y sembrado quedó con millares de sus cadáveres el campo de batalla.

XXV

Recibida en México la noticia de la proximidad de un encuentro entre los realistas y los insurgentes, la consternacion se hizo general: por primera vez en la historia de la colonia, un hombre oscuro, sin antecedentes militares, y alejado por la naturaleza misma de su pacífico ministerio de esta clase de asonadas, habíase en poco más de un mes hecho dueño de casi la mitad del país, levantando un ejército asombroso por su número y por sus hechos, pues las poblaciones y las provincias, ó se le entregaban sin combatir, ó eran vencidas en una sola batalla y en corto espacio de horas.

Además, este ejército caia como avalancha sobre los pueblos y ciudades y destruia y devastaba todo aquello que no consentia desde luego en asimilársele. Las gentes devotas y timoratas veian en D. Miguel Hidalgo y Costilla nada ménos que el ante-cristo, y estaban dispuestas á sucumbir ante él como ante una

calamidad decretada por Dios y en consecuencia inevitable é irresistible.

El mismo virey se encontraba desconcertado y decidido á sucumbir ante el peso de la fatalidad, preparándose no obstante á la lucha como de él lo exigian el honor militar y sus deberes para con su soberano.

Hé aquí lo que al saber la gravedad de la situacion escribia á Trujillo:

"Trescientos años de triunfos y conquistas
"de las armas españolas en estas regiones nos
"contemplan; la Europa tiene sus ojos fijos
"sobre nosotros; el mundo entero va á juz-
"garnos; la España, esa cara patria por la que
"tanto suspiramos, tiene pendiente su desti-
"no de nuestros esfuerzos, y lo espera todo
"de nuestro celo y decision. Vencer ó morir
"es nuestra divisa. Si á usted le toca pagar
"este tributo en ese punto, tendrá la gloria
"de haberse anticipado á mí pocas horas en
"consumar tan grato holocausto: yo no po-
"dré sobrevivir á la mengua de ser vencido
"por gente vil y fementida."

La suerte estaba jugada.

Sobre el glorioso escudo de la monarquía española, la mano del poder superior que trasforma las sociedades, habia escrito las palabras fatídicas del festin de Baltasar:

"Dios ha contado los dias de tu reino y ha dispuesto darles fin;

"Os ha pesado en su balanza y os encuentra por demás ligeros.

"Vuestro reino ha sido dividido y entregado á los mismos que os combaten.

"¡Ay de vosotros!"

XXVI

Indignado contra la fuerza del destino, pero satisfecho de haber cumplido con su deber, Trujillo se retiró á Cuajimalpa perseguido por la caballería insurgente que más que con las armas le combatia mezclándose á sus soldados y haciéndoles ventajosas proposiciones para el caso de que quisieran unirse al partido vencedor.

Miéntras tanto, el ejército insurgente por primera vez en su breve historia acampaba en

el lugar mismo de la accion, sin sacar ventaja alguna de su triunfo.

Qué fué lo que en tales momentos pesó sobre el ánimo de sus caudillos, nadie lo sabe todavía, no pudiendo satisfacer las explicaciones que al hecho han dado ni amigos ni enemigos.

Sobre tan grave suceso ninguno de aquellos hombres tuvo á bien hacer revelacion de ninguna especie.

La clave de su secreto consta solo en el libro de los destinos, que solo despues de la muerte se lee.

Así lo decia á mi padre aquel héroe popular que en este libro ha figurado con el sobrenombre de Pípila.

El infeliz habia cumplido su promesa.

Despues de haberse batido como un leon por su nueva causa, no separándose ni un solo momento de Allende y acometiendo con él todas las acciones en que mayores eran el riesgo y peligro de perecer, habia recibido una herida mortal en el instante en que Trujillo deslució la gloria de su resistencia con su pérfida conducta.

Pípila tambien habia procurado salvar á aquel puñado de realistas, compuesto de hermanos de la gran familia nacional y de héroes como el intendente de Guanajuato y su hijo, que podian dormir en calma su eterno sueño una vez vengados por él.

Mi padre habia llegado á las Cruces en los momentos de la accion y se ocupaba despues de ella en auxiliar á los heridos.

Pípila y él habíanse reconocido, y por los labios del moribundo acababa de saber de María y de su hijo.

A los dos habia visto en Valladolid sanos y en salvo, suspirando por su vuelta.

—¿Y tú no tienes familia á quien yo pueda consolar?

—Sí, Benito, sí la tengo.

—¿Dónde, dónde está para que yo la busque y la haga mia?

—Está como Dios, en todas partes, por donde quiera que vayas miéntras vivas en este mundo. Mi familia es la humanidad entera. No conocí ni á mis padres ni á mis hermanos naturales: por eso he amado como padres á mis jefes y como hermanos á todos los

hombres que nunca me hicieron mal. Hazlo tú así, Benito, y enséñalo á hacer á tu hijo; y si alguna vez acordándote de mí y de los que como yo han perecido, haces memoria de nuestras acciones y cuentas nuestros hechos, hazlo sin pasion, rinde á todos justicia, y despertando el amor de la patria, no cometas el error de renovar los odios de estos dias, sino ántes al contrario, ensalza á la vez á los héroes que enseñaron á esta nacion el camino de la grandeza y felicidad de los pueblos, y honra á nuestros enemigos que luchando contra la justicia y santidad de nuestra causa, nos enseñaron que el hombre debe morir fiel al respeto que debe á la autoridad, base de todo progreso y adelanto social.

Al concluir de hablar Pípila, espiró en los brazos de mi padre.

Iba á inclinarse sobre aquellos restos para bendecirlos con sus lágrimas, cuando D. Miguel Hidalgo, extendiendo sobre el cadáver el lienzo de su sagrada bandera, dijo:

—¡Dios! Poderoso Señor de lo creado, si aun merece el humilde sacerdote de Dolores ser oido por tí, yo te lo ruego, abre las puer-

tas de tu bondad infinita á el alma de este hombre bueno!

*
* *

Tal fué el hasta hoy ignorado epílogo de aquella accion sangrienta conocida en la historia por LA DERROTA DE LAS CRUCES.

Setiembre de 1880.

FIN.

